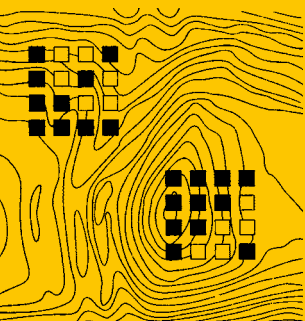


Año 2019-2020. urtea

N.º 31-32. zk.



TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA NAVARRA

SEPARATA

Murallas bajo el suelo de Pamplona. La evolución de las fortificaciones a la luz de los hallazgos arqueológicos

María García-Barberena, Mercedes Unzu,
Nicolás Zuazúa, Carlos Zuza

Murallas bajo el suelo de Pamplona. La evolución de las fortificaciones a la luz de los hallazgos arqueológicos

Harresiak Iruñeko lurzorua ren azpian. Gotorlekuen bilakaera, aztarna arkeologikoen arabera

Walls under the soil of Pamplona. The evolution of fortifications in the light of archaeological discoveries

María García-Barberena
Mercedes Unzu
Nicolás Zuazúa
Carlos Zuza

Gabinete TRAMA
tramasl@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.35462/TAN31-32.4>

RESUMEN

Pamplona cuenta con uno de los mejores recintos fortificados renacentistas de Europa. Este recinto es heredero de un tradicional interés por la defensa de la ciudad, justificado por su posición estratégica como puerta del paso pirenaico. Las intervenciones arqueológicas realizadas en los últimos treinta años en la ciudad han sacado a la luz numerosos tramos de los diferentes recintos fortificados que defendieron esta plaza desde época protohistórica hasta el siglo XX. El presente trabajo, presenta las novedades sobre los recintos más antiguos y corrige algunas de las hipótesis que existían sobre los más modernos.

Palabras clave: fortificaciones; protohistoria; Roma; Edad Media; Edad Moderna.

LABURPENA

Iruñeak Europako Berpizkundeko gotorlekurik hoberenetako bat du. Gotorleku hori aspaldiko interes baten ondorioa da; izan ere, betidanik izan zuten hiria defenditu beharra, gune estrategiko batean dagoelako; Pirinioetarako igarobidean, hain zuzen ere. Azken hogeita hamar urte honetan, hirian egin diren lan arkeologikoez argitara atera dituzte esparru gotortu desberdinen zenbait tarte; esparru horiek garai protohistorikotik XX. mendera arte defenditu dute hiri hau. Lan honek gotorleku zaharrenei buruzko informazio berria ematen du, eta modernoenei buruzko hipotesi batzuk zuzentzen ditu.

Gako hitzak: gotorlekuak; protohistoria; Erroma, Erdi Aroa; Aro Modernoa.

ABSTRACT

Pamplona has one of the best Renaissance fortified enclosures in Europe. This site is the inheritor of a traditional interest in the defense of the city, justified by its strategic position as a gateway to the Pyrenean pass. The archaeological interventions carried out in the last 30 years in the city have brought to light numerous sections of the different fortified enclosures that defended this place from the protohistoric period until the 20th century. This paper presents the novelties on the oldest enclosures and corrects some of the hypotheses that existed on the most modern ones.

Keywords: Fortifications; Protohistory; Rome; Middle Ages; Modern Age.

1. INTRODUCCIÓN. 2. HIERRO ANTIGUO. EL PRIMER RECINTO DEFENSIVO. 3. EL HIERRO PLENO. AMPLIACIÓN DEL RECINTO PROTOURBANO. 4. LA MURALLA ROMANA. 5. LA CIUDAD MEDIEVAL. 5.1. La Ciudad de la Navarrería. 5.2. El Burgo de San Cernin. 5.3. La población de San Nicolás. 6. EL RECINTO DEL SIGLO XVI. 6.1. El castillo de Santiago. 6.2. Los nuevos bastiones. 6.3. El recinto amurallado. 7. EL NUEVO RECINTO AMURALLADO. 7.1. La Ciudadela, el baluarte de San Antón y de la Victoria y el revellín de Santa Teresa. 7.2. El revellín de la Tejería. 7.3. El baluarte de la Reina. 7.4. El revellín de Santa Lucía. 7.5. Siglo XX. Las defensas antiaéreas. 8. CONCLUSIONES. 9. LISTA DE REFERENCIAS.

1. INTRODUCCIÓN

La situación geográfica de Pamplona ha influido de forma decisiva en su desarrollo político y económico a lo largo de la historia. Es una importante encrucijada de comunicaciones naturales con Aquitania a través de los Pirineos, la Cornisa Cantábrica y la Depresión del Ebro. Pero además de su posición estratégica, la ciudad controlaba un área con amplios recursos naturales que la hacían un enclave muy atractivo desde el punto de vista productivo y comercial.

Urbanísticamente el paradigma de este hecho es, sin duda, su conjunto fortificado. Por todos es conocido el magnífico recinto amurallado renacentista de nuestra ciudad, uno de los mejores ejemplos de fortificación abaluartada de Europa. Sin embargo, este recinto no es sino el heredero de una larga historia de defensa de la ciudad, tan larga como la propia historia de Pamplona.

La evolución urbana de Pamplona, de hecho, ha estado íntimamente ligada a la evolución de sus fortificaciones, en muchas ocasiones, los cambios más significativos en la fisonomía de la ciudad se debieron precisamente a las nuevas soluciones defensivas que, a partir de la Edad Moderna, se relevaron vertiginosamente como consecuencia de la evolución de la artillería.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en las últimas décadas en Pamplona nos han permitido obtener una visión de conjunto de esa evolución de la fortificación, unida siempre al desarrollo de la ciudad. En el presente trabajo analizarán los diversos vestigios arqueológicos pertenecientes a las defensas de la ciudad en momentos previos

a la Edad Media, como fuente de información casi exclusiva¹. Respecto a las murallas medievales y renacentistas, al existir amplia documentación histórica², así como abundantes restos arquitectónicos de las mismas, no nos detendremos en explicar los recintos, sino únicamente en reseñar aquellos elementos del mismo que han sido localizados arqueológicamente³.

2. HIERRO ANTIGUO. EL PRIMER RECINTO DEFENSIVO

Al margen de los testimonios sobre ocupaciones prehistóricas en el solar de la ciudad Pamplona, podemos afirmar que existió un poblado ubicado en la parte alta de la ciudad desde el Hierro Antiguo hasta la llegada de la romanización sin solución de continuidad⁴.

La existencia de este *oppidum*, ha sido ampliamente referenciada (Armendáriz, 2008, n.º 58; Castiella, 1977; pp. 13-17; Castiella et al., 1999, p. 24; Mezquíriz, 1978, p. 29, 1994, pp. 125-127). Todos ellos proponen unas dimensiones similares para este poblado, que desde el Bronce Final hasta la romanización, se emplazaría únicamente en la parte más alta del espolón, el actual conjunto catedralicio y la plaza de San José, con una superficie aproximada de entre 4 y 4,5 ha.

La intervención realizada en la plaza de San José por Gabinete Trama S. L. en 2008-2009 aportó novedosos datos sobre lo que podemos considerar el primer recinto protourbano documentado en Pamplona. Se trata de un sistema defensivo de doble foso localizado en el entorno de la puerta de acceso al n.º 39 de la calle Navarrería (INAP). Este sistema contaba con dos pequeños fosos paralelos, excavados en la terraza cuaternaria, que recorrían la zanja excavada en dirección norte-sur, –giraban muy levemente hacia NE-SO–, ofreciendo uno de los límites del antiguo *oppidum* (fig. 1).

1 Los epígrafes II, III y IV que versan sobre los recintos fortificados de la ciudad entre la Edad del Hierro y la Tardoantigüedad, son extractos integrales de la tesis doctoral de la autora principal del presente trabajo, que se encuentra todavía inédita (García-Barberena, 2016).

2 Al margen de muchos otros, destacan los excelentes trabajos de Martinena (1974) para el recinto medieval y de Echarri (2000), para las fortificaciones modernas, como fuentes principales de documentación sobre las murallas de Pamplona.

3 Por ello la segunda parte de este estudio –del epígrafe V en adelante–, debe entenderse como un catálogo descriptivo de los restos localizados en el que, eso sí, se explican las hipótesis que nos llevan a identificarlos con una u otra estructura cuando así se requiere.

4 En las excavaciones del arcedianato y de la plaza de San José de 1972, se comprobó la existencia del poblado indígena a través de fragmentos cerámicos hechos a mano, con decoración excisa e incisa de diferentes formas, que son claros exponentes desde el Hierro I. En concreto se recuperaron más de cuatrocientos fragmentos en un estrato único –revuelto– sin estructuras asociadas. Mezquíriz fecha los materiales manufacturados por cronología comparada con los momentos P II A –800 -700 a. C.– y P II B –hacia el 500 a. C.– de Cortes (Mezquíriz, 1978, pp. 37-39).

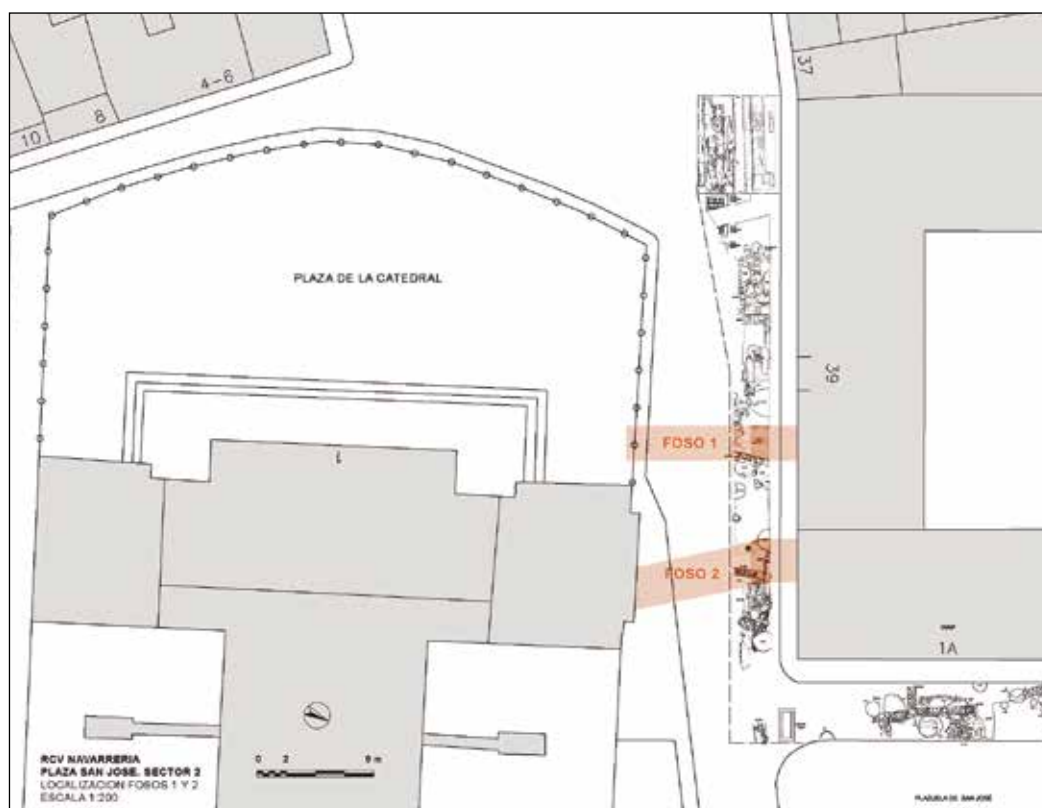


Figura 1. Situación de los fosos.

El foso n.º1 presenta unas dimensiones de 3,20 metros de anchura por 1,70 metros de profundidad conservada, dibujando un perfil en «U». Su cota de coronación conservada es de 446,65 msnm y de base de 445,02 msnm y la estratigrafía que lo rellenaba es compleja e interesante. Situado a 5,5 m al este de la primera línea de foso, se encuentra el foso n.º 2, muy similar en cuanto a su morfología y estratigrafía al foso 1. Este segundo foso tiene también perfil en «U» tendida y su tamaño es ligeramente inferior al primero, con 2,80 metros de anchura por 1,10 metros de profundidad. La cota de coronación conservada es de 446,37 msnm y de base de 445,26 msnm.

Estos dos fosos paralelos y contemporáneos responden a una misma obra defensiva. En un primer momento se abrieron con un perfil en «U», que posteriormente y de forma simultánea, fueron modificados, rellenándolos de manera intencionada hasta conseguir una sección más estrecha, en «V». No se puede asegurar si los fosos estuvieron en uso en algún momento con su perfil original o si en cambio, una vez excavados, se modificaron rápidamente para adaptarlos por motivos de funcionalidad que desconocemos. Así mismo nos es desconocida la utilidad del relleno central, evidentemente seleccionado y diferenciado, sin apenas tierra, formado únicamente por cantos de río. Pudiera ser que en el momento de clausurar el foso, la zona central funcionase como drenaje o que en el hueco central se instalase alguna estructura de

materia orgánica –podría explicar los restos de carbones–, que más tarde desapareció⁵ (figs. 2 y 3).



Figura 2. Sección del foso 1.



Figura 3. Sección del foso 2.

Los materiales cerámicos recuperados nos permiten datar el momento de colmatación de los fosos con cierta precisión en el Hierro Antiguo en torno a los siglos VII-VI a. C. La mayoría de los fragmentos cerámicos corresponde a recipientes de cerámica manufacturada con pastas bien decantadas y cocción reductora. Presentan, en su mayor parte, superficies sin pulir, rugosas, pertenecientes a grandes vasijas decoradas con apliques de cordones digitados, o incisiones en los bordes. No se documentan superficies peinaadas. Por otro lado, está presente un grupo de cerámicas también manufacturadas, con pastas bien decantadas, cocción reductora y superficies pulidas. Se trata de un conjunto de pequeños vasitos, en ocasiones carenados, la mayoría sin decorar, recuperándose algún fragmento con decoración incisa acanalada o en triángulos. La presencia de una «hachita» pulimentada, es quizá el objeto más antiguo del relleno de los fosos, pero su cronología imprecisa no nos permite realizar mayores aproximaciones temporales. Del mismo modo, en el foso 2 se recuperó un fragmento con decoración incisa representando un motivo de guirnalda con series de puntos y acanaladuras que se sitúa en la tradición de Cogotas I, pudiendo retrasar la cronología del mismo hasta el Bronce Final, siglo IX o X (Sesma et al., 2009, p. 46, fig. 7 (8))⁶.

5 Un paralelo a este tipo de colmatación del foso lo encontramos en el poblado neolítico de Los Cascajos (Los Arcos, Navarra), en el que se ha documentado un relleno muy similar, según nos han informado sus excavadores J. Sesma y J. García Gazolaz. Tampoco en este caso se conoce, por el momento, su función. Sobre Los Cascajos y su foso *cfr.* Sesma y García Gazolaz (2001); Rojo et al. (2012, pp. 316-319).

6 También en la UE 1013, fuera de los rellenos del foso, se ha localizado un fragmento cerámico con decoración incisa de series de puntos del estilo de Arbolí, fechable igualmente en la transición entre el Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro. Ejemplos similares se han documentado en Navarra en Monte Aguilar, Pisuerra, Las Labradas y Modorra IV (Sesma et al., 2009, p. 63).

La localización de este doble recinto defensivo del tipo *fossae fastigata* cuya defensa estaría complementada por un *vallum* o muralla de la que, por el momento, no se ha localizado ningún vestigio, permite hablar de una primera aldea, surgida en el Hierro Antiguo, a raíz del movimiento generalizado de ordenación territorial, consecuencia del aumento demográfico sufrido en estos siglos, y que es general en todo el territorio navarro (Armendáriz, 2008, pp. 162-165). La economía cerealista de este poblado viene corroborada por la localización de algunas piezas de indudable funcionalidad agrícola como una pieza de trilla sobre sílex de Urbasa, o un molino barquiforme. La presencia además de restos de fauna en los estratos de colmatación de los fosos, podría muy bien indicar la existencia de una cabaña ganadera conjugando la economía agrícola y ganadera del poblado, sin olvidar la también posible explotación de recursos forestales.

No se han podido documentar estructuras de habitación pertenecientes a este momento ocupacional; asumimos que el poblado participaría de la tendencia general del momento, estructurándose en torno a una calle central con casas rectangulares divididas en tres espacios. El doble foso documentado, contaría con una muralla o empalizada perimetral, como es habitual en los emplazamientos del Hierro Antiguo (Armendáriz, 2008, pp. 165-167).

En cambio, sí podemos aventurar las dimensiones aproximadas de este primer recinto protourbano. La coincidencia espacial de los fosos con la actual curva de nivel 448 msnm, nos permite trazar un hipotético recinto, siguiendo dicha curva⁷. Así, se nos dibuja un recinto de apenas 3 ha que abarcaría desde el baluarte del Redín, hasta el Palacio Arzobispal, coincidiendo en su mayor parte con el área propuesta tradicionalmente para el *oppidum* protohistórico (fig. 4).



Figura 4. Perímetro aproximado de ocupación del primer poblado (fuente: García-Barberena, 2016).

⁷ En todos los puntos sondeados en esta área, la terraza se localiza a una cota similar entre 1,50 y 1,70 m. por debajo de la cota actual de pavimentación. Es por ello por lo que entendemos que en toda la parte superior del cerro los rellenos tienen aproximadamente la misma potencia y, por tanto, las cotas actuales reflejan con cierta exactitud las originales. Por esto, a pesar de los inconvenientes que supone, consideramos que la cota actual es válida para trazar, *grosso modo*, el perímetro de este primer poblado.

3. EL HIERRO PLENO. AMPLIACIÓN DEL RECINTO PROTOURBANO

La colmatación del foso debió estar motivada por una necesidad de crecimiento del *oppidum*, sobrevenida hacia el siglo V a. C. A partir del Hierro Pleno, siguiendo el patrón general de la evolución del poblamiento en toda la península ibérica, y que está también perfectamente documentado en el valle del Ebro y el territorio navarro (Armendáriz, 2008, pp. 195-202), el *oppidum* vascón experimentó una importante expansión urbana alcanzando 8 ha de superficie. El motivo de esta gran ampliación estuvo ligado a movimientos de sinecismo, que provocaron la desaparición de algunos poblados de la etapa anterior, mientras que otros emergieron convertidos ya en verdaderas protociudades, o ciudades-estado, que concentraron a la población controlando un territorio más amplio.

Esta ampliación del recinto del *oppidum* se ha certificado gracias a la localización de materiales arqueológicos en diversos puntos de la Navarrería⁸, tanto en posición primaria como secundaria. Los materiales abarcan una cronología entre los siglos V y I a. C., sin solución de continuidad, lo que invita a pensar que también durante la etapa posterior, el Hierro Final, y hasta la romanización, el *oppidum* mantuvo estas dimensiones (figs. 5 y 6).



Figura 5. Materiales del Hierro pleno.

8 Calles Merced, San Agustín, Dormitalería, Labrit y Zacatín, bajo San Fermín de Aldapa.



Figura 6. Materiales de tradición celtibérica.

Podemos asegurar que durante el Hierro Pleno supera los límites del asentamiento anterior, ocupando el área oeste del espolón, actual Aldapa y Archivo de Navarra, y la parte baja del cerro, hasta el límite de los barrancos anteriormente descritos. Es decir, abarcaría toda la parte alta del cerro hasta la cota 445 o 444 msnm, con una superficie en torno a las 8 ha. Así lo demuestra la intervención realizada en el 2009 en el Zacatín, donde se abrió una cata de sondeo en la trasera del Mercado de Abastos, situada junto al muro de contención de las calles Aldapa y Cuesta de Palacio –UE5–, con unas dimensiones aproximadas de 4,50 m en dirección norte-sur y de 3,50 m en dirección este-oeste.

El nuevo recinto utilizaría como límite la defensa natural que proporcionan los barrancos de Santo Domingo y Labrit, y posiblemente se excavara un nuevo foso en el área situada entre las cabeceras de los barrancos, la menos protegida, situada en el entorno de las actuales calles Merced y Dormitalería (fig. 7).

En este sentido, se han de destacar los datos procedentes del seguimiento realizado a las obras de reurbanización en la calle Dormitalería. En el proceso de obra, durante toda la reurbanización de la calle, se fue documentando invariablemente la localización de las margas a una cota de ± 441 msnm, inmediatamente bajo las pavimentaciones del *cardo* que discurría coincidiendo con el actual trazado de la calle. A la altura del portal



Figura 7. Perímetro aproximado de ocupación del *opidum* prerromano (fuente: García-Barberena, 2016).

58, debajo de la muralla bajoimperial y los tres niveles de calle altoimperial, la roca se desplomaba en un pronunciado corte, prácticamente vertical, sin que la misma se llegase a documentar al finalizar la excavación a una cota de 439,75 msnm. En los siguientes 22 metros de calle no afloraron las margas, descendiendo la cota final de excavación progresivamente desde los 439,75 hasta los 439,38 msnm. Finalmente, a la altura del portal 68, las margas volvieron a localizarse, recuperando altura nuevamente de forma brusca en un pronunciado perfil en talud, casi vertical hasta los 440,37 msnm.

Todo parece indicar que nos encontramos ante un corte artificial del terreno de 22 metros de anchura. Lamentablemente la documentación de esta estructura negativa fue muy imprecisa debido a que, por las condiciones de seguridad, y el alto riesgo de hundimiento de las casas, se tenía orden de interferir lo imprescindible en el desarrollo de la obra. Los rellenos que presentaba consistían en tongadas alternantes de cantos de río y de arcillas verdes/grises. En ellas se recuperaron muy pocos materiales; algunos fragmentos de cerámica de tradición celtibérica de pastas decantadas naranjas y superficie engobada, y algunos fragmentos de cerámica barnizada en tonos oscuros –ss. I a. C. a I d. C.–. Sobre los rellenos se documentaron directamente los pavimentos del *cardo*. Por tanto, estos rellenos parecen haberse realizado en época romana para asentar la calle al no encontrar terreno firme bajo la misma como en el resto del trazado.

A pesar de que la documentación de la estructura es incompleta, no conocemos su profundidad total, ni los materiales asociados a su nivel de uso, sí que podemos hacer una serie de valoraciones sobre la misma. Por la anchura y la forma en la que desciende el terreno, parece evidente que se trata de un corte artificial, y habría que identificarla con un foso defensivo. Que el relleno corresponda a los primeros momentos de romanización de la ciudad, nos permite saber que al menos es anterior a la misma. Por último, la coincidencia espacial con la muralla bajoimperial romana, que más adelante describiremos, no deja de ser relevante, ya que en poliorcética el aprovechamiento de la orografía del terreno para optimizar la defensa es fundamental. Su coincidencia espacial vendría a demostrar que efectivamente se trataba de un foso defensivo que habría

que asociar al poblado prerromano. Es razonable que en algún momento se reforzara la defensa natural que proporcionaban los barrancos, con un foso que uniera las cabeceiras de los mismos, completando por el SE la defensa natural del *oppidum*.

4. LA MURALLA ROMANA

La fundación de la ciudad romana sobre este *oppidum* prerromano supuso, lógicamente, una evolución en el urbanismo de la ciudad y la superación de las antiguas defensas indígenas. Si bien no se puede asegurar si estas fortificaciones se mantuvieron durante los últimos momentos de la tardorrepública, ya que la arqueología evidencia la coexistencia de estructuras romanas con otras anteriores, a partir del reinado de Augusto es segura la superación de las mismas. No parece que la *Pompelo* altoimperial contase con un recinto defensivo, hasta el momento no se ha localizado ningún indicio del mismo. Por otra parte, es habitual que las ciudades altoimperiales no se encuentren amuralladas, es en época bajoimperial cuando se dotan de defensas, en el marco de un fenómeno de amurallamiento de ciudades que se produce a fines del siglo III e inicios del IV d. C., siguiendo como modelo las murallas aurelianas de Roma⁹.

El final del Alto Imperio supone también el final del concepto clásico de ciudad. La propiedad privada invadirá los espacios públicos, que han perdido su utilidad. Los foros y grandes complejos termales se compartimentarán siendo ocupados por los vecinos de las ciudades, que se verán constreñidas por nuevos amurallamientos que en muchas ocasiones reducirán sus perímetros. Esto sin embargo en absoluto supone el fin de la forma urbana, de la *civitas*, sino que la misma experimenta una profunda transformación, dando lugar a un nuevo modelo de ciudad con sus características propias, muy diferente del anterior, pero también diversa de la posterior, la ciudad medieval, en la que acabará por transformarse. La ciudad tardoantigua es fruto de un largo proceso lineal que se inicia de manera evidente a comienzos del siglo IV, pero que se prolongará, sin cambios drásticos, durante todo el largo periodo tardoantiguo.

En *Pompelo* este proceso sin embargo vino precedido de un suceso, a finales del siglo III, que provocó que la transformación de la ciudad fuera más drástica que en otras ciudades hispanas. En aquel momento la ciudad sufrió un incendio que destruyó al menos la parte alta de la ciudad y el foro. La localización de dos miliarios en el área forense, el segundo de Caro -282/283 d. C.-, aporta una fecha *postquem* para este episodio que, ahora ya de forma definitiva, permite rechazar la teoría de la destrucción de la ciudad

9 Paradigmático de este tipo de amurallamientos es el ejemplo de Lugo, por su excelente estado de conservación, si bien existen en multitud de ciudades como Zaragoza, Gijón, Astorga, *Tiermes* y probablemente Braga, así como en la más cercana *Iruña Veleia*. (Fernández Ochoa, 1994, pp. 225-245). También sucede en *Barcino*, donde en la segunda mitad del siglo IV d. C. la muralla fue doblada con un nuevo muro defensivo, que se adosa externamente al fundacional, reforzándolo con 78 torres (Miró i Alaix & Puig i Verdaguer, 2000, pp. 171-178), al igual que sucede en León (Durán, 2009).

debido a las invasiones bárbaras¹⁰. Sin embargo, también es un dato que sin duda refleja la consecución de episodios violentos, posiblemente revueltas locales, previas a la construcción del amurallamiento de la ciudad (figs. 8 y 9).



Figura 8. Miliario de Galieno.



Figura 9. Miliario de Caro.

Pero al margen de que el episodio *pompelones* no pueda ponerse en relación con las polémicas –historiográficamente hablando– invasiones bárbaras, es evidente que es un reflejo de la inestabilidad y los momentos convulsos vividos en el Imperio durante las últimas décadas del siglo III. Estos factores harán que a comienzos de la cuarta centuria de nuestra era, se materialice el cambio de mentalidad estratégica gestado a finales del siglo anterior, amurallando aquellas ciudades que son vitales para defender las rutas de abastecimiento del *limes* mediante la *annona*, a través de la vía de la Plata y de la vía XXXIV del itinerario Antonino (Fernández Ochoa, 1997; Fernández Ochoa & Morillo, 1992; Fuentes Domínguez, 1997).

10 M. A. Mezquíriz, ante la evidencia de la localización de un nivel de incendio tanto en *Pompelo*, como en Liédena, y más tarde en Arellano, adoptará esta tesis de «las invasiones bárbaras» para explicar la destrucción de la ciudad romana (Mezquíriz, 1978, p. 30).

En este contexto se debe enmarcar la realización del amurallamiento *pompelonense*. De hecho, es muy posible que *Pompelo* contase con un destacamento militar, *comitatense*, desde mediados del siglo IV y durante el siglo V d. C. La localización de varios ejemplares de *cingula militiae* de época tardorromana, comúnmente empleados por este tipo de tropas, permite reconsiderar la veracidad del texto de Honorio y suponer que efectivamente existió una guarnición en la ciudad¹¹ (figs. 10 y 11). Merece la pena hacer aquí un inciso para mencionar la estructura defensiva localizada en el solar del actual Hotel Pompaelo en 2015. Se trata de un foso en dirección N-S, con sección en V y una inclinación de 60 °, que presentaba una anchura de 4,80 m en la coronación, 0,40 m en la base y una profundidad de 2,70 m. La mayor parte de la estructura fue excavada en las gravas de la terraza natural pero la parte superior del foso seccionaba niveles romanos y tardoantiguos, permitiendo situarlo cronológicamente en torno a los siglos V-VI d. C. Sin embargo, su relación con la muralla bajoimperial parece improbable, ya que se encuentra muy alejado del frente de muralla como más adelante se verá. Quizá pudiera tratarse de una obra defensiva de un campamento de asedio a la ciudad, o relacionada con la presencia de estas tropas *comitatenses* en *Pompelo* a partir del siglo IV, si bien, pero por el momento este extremo no puede confirmarse.



Figuras 10 y 11. Hebilla de cinturón de las tropas comitatenses.

Pero volviendo a la muralla bajoimperial, decíamos que la construcción de estas defensas, no responde por tanto a una sensación de peligro inminente, sino a una necesidad palpable de proteger las plazas estratégicas. No en vano, aquellas ciudades que ya contaban con una

11 A la existencia de la *Epistula Honorii* hay que añadir la localización de una serie de *cingula militiae* de época tardo-romana –segunda mitad del siglo IV y siglo V–, tanto en la catedral, como en la plaza del Castillo. Las piezas de la catedral son un broche en forma de pelta de bronce perteneciente a la decoración de un *cingulum*, y una hebilla de cinturón delfiniforme ambos del siglo V localizados en dos enterramientos que más adelante se analizarán. También se localizaron elementos descontextualizados como son una guarnición de tipo Checy y una placa de cinturón con decoración excisa. La terminación presenta dos leones enfrentados que apoyan sobre un espacio triangular, y tiene cuatro orificios de sujeción. Uno semejante se ha hallado también en la plaza del Castillo y ambos tienen paralelos de época tardía en la villa de La Morterona (Pérez Rodríguez-Aragón, 1992, p. 258).

cerca altoimperial la refuerzan y, si bien también es cierto que algunas ciudades quedan abiertas y prosperan durante esta etapa histórica, su número es escaso, produciéndose, en general, el ocaso paulatino de las que no fueron amuralladas (Diarte, 2011, p. 855).

En la construcción de la muralla de *Pompelo* se reutilizaron materiales de los edificios del foro, de los complejos termales, y de las necrópolis, desmantelando todos estos elementos. Algunos de ellos se encontraban arruinados por el incendio – el área del foro– y otros, como el complejo termal de la plaza del Castillo, debió caer en desuso ante la ausencia de un orden decurional establecido que se encargara de su mantenimiento, siendo abandonado y expoliado para servir como cantera de la muralla. La explanada que en la Edad Media ocuparían los burgos de San Nicolás y de San Cernin, después del incendio ya mencionado, quedó deshabitada pasando a desempeñar funciones funerarias. Esto explica la presencia de enterramientos tardoantiguos seccionando los niveles altoimperiales en las calles Nueva, Campana y Ansoleaga.

La muralla redujo drásticamente el perímetro urbano de *Pompelo*, circunscribiéndose nuevamente al área de la Navarrería¹². La nueva ciudad protegida por la muralla, tuvo que ser reconstruida desde sus cimientos. El nuevo trazado urbano giró la planta de la ciudad 10 ° en dirección NO-SE respecto del trazado altoimperial. Los antiguos espacios públicos, edificios, plazas y calles, fueron ocupados por pequeños espacios privados, hasta el punto que la retícula urbana aparece totalmente desdibujada. En líneas generales la nueva *Pompelo*, mantuvo su fisonomía al menos entre los siglos IV al VIII d. C. (fig. 12).



Figura 12. Superficie de la ciudad altoimperial y reducción del perímetro bajoimperial (García-Barberena, 2016).

El trazado de la muralla bajoimperial responde a criterios exclusivamente poliorcéticos y de optimización de los recursos naturales de defensa de la ciudad. Por ello aprovecha la defensa orográfica que suponen los barrancos que limitan la Navarrería por el SO, coincidiendo con la defensa que tuvo el *oppidum* de la II Edad del Hierro. La recuperación de los antiguos castros protohistóricos durante la Tardoantigüedad es un fenómeno ampliamente documentado en el poblamiento rural (Gutierrez, 2002). En nuestro caso, la reducción del perímetro urbano, coincidiendo precisamente con el del antiguo *oppidum* prerromano, evidencia la priorización de la defensa sobre la monumentalidad como elemento de prestigio, en la construcción de la muralla.

12 Algo que sucede en otras ciudades hispanas muy próximas como *Iruña Veleia* y otras más alejadas como *Aqua Flavia* (Fernández Ochoa & Morillo, 1997).

En la intervención arqueológica de la calle Merced se localizó un tramo de la muralla, que cruzaba de forma transversal la calle a la altura de los portales 8 y 10. Tenía una anchura de entre 4,5 y 5 m, y conservaba un alzado que oscilaba entre 0,80 y 1 metro –cota coronación, 441,75 msnm; cota base, 440,50 msnm–. El aparejo de la cara interna estaba realizado con sillarejo de calcarenita, siguiendo un módulo rectangular con hiladas regulares de entre 10 y 15 cm de altura y una anchura de entre 25 y 40 cm, trabado con mortero de cal y arena. En la cara externa presentaba similares características. El núcleo interno estaba formado por hiladas de ripio irregulares, cantos de gran tamaño e incluso se documentó un fragmento de un capitel corintio de arenisca reutilizado, todo ello trabado con mortero de cal y arena.

Adosada a la cara externa se localizó una torre semicircular con un diámetro aproximado de 8 metros y un alzado de 2 hiladas, realizada, al contrario que la muralla, casi en su totalidad con grandes sillares de arenisca tomados de edificios anteriores en desuso. Entre estos elementos reutilizados se localizaron dos aras funerarias casi completas, restos de una tercera y una estela incompleta (García-Barberena et al., 2014) (fig. 13).



Figura 13. Torre semicircular.

Toda la estructura de la muralla y la torre se encontraba cortada por la mina real de saneamiento del siglo XVIII que discurre bajo la calle seccionando los niveles arqueológicos. La excavación solo permitió documentar la torre parcialmente ya que su tamaño excedía la anchura de la calle. No obstante, al autorizarse el desmontado de los restos para continuar con la ejecución de la galería de servicios, se pudieron extraer y estudiar los elementos reutilizados en la construcción bajoimperial.

Del mismo modo se pudo documentar la utilización de un pilotaje de estacas de roble de 15 cm de diámetro y entre 2 y 2,5 metros de longitud, clavadas en el terreno arcilloso de relleno altoimperial. Las estacas estaban trabadas con vigas horizontales, también de roble, de sección cuadrada de entre 25-30 cm de lado, que formaban un emparrillado. Esta técnica constructiva, propia de terrenos inestables y pantanosos, es descrita por Vitruvio en sus tratados de arquitectura.

Consistía en clavar estacas de madera introducidas con martinete, y sobre los postes verticales colocar vigas horizontales formando un emparrillado muy consistente sobre el que se apoyaba la base de la estructura (Vitruvio, 1995, p. 145) (fig. 14).

En el tramo documentado se pudo apreciar cómo las estacas verticales fueron hundidas hasta localizar el terreno firme y posteriormente fueron igualadas, para ello las serraron siguiendo un mismo plano horizontal. Estas estacas recibían sobre ellas vigas horizontales en las que descansaba el basamento de piedra. Para facilitar el asiento de la cimentación crearon uno artificial colocando piedras y cantos hincados en ángulo de 45 ° en el sedimento arcilloso.

Otro tramo de la misma muralla se localizó en la calle Dormitalería a la altura del portal 58. En este caso la muralla se apoyaba directamente sobre el nivel superior de calle romana –*cardo* n.º 3–, localizado a lo largo de Dormitalería. La mina de saneamiento seccionaba la muralla hasta la base, localizándose únicamente la primera hilada en los laterales de la misma. En las cimentaciones colocaron primero un nivel de cantos rodados en ángulo de 45 °, y sobre él una capa de mortero de 5 cm de espesor para obtener una superficie lisa sobre la que asentar los bloques de piedra –cota 442,34 msnm–. La estructura tenía una anchura aproximada de 12 metros, y la única hilada conservada ha permitido documentar nuevamente la utilización de un basamento macizo realizado con sillares cuyos bloques fueron tomados de monumentos y edificios anteriores. En este caso destaca el hallazgo de un fragmento de estela y otro de un ara, conservando este último parte del campo epigráfico (García-Barberena et al., 2014). Por la anchura del tramo localizado, parece que nos encontramos ante otro tramo de lienzo con torre adosada, si bien es cierto que el nivel de destrucción de la estructura no permite asegurar este extremo. De ser así, la distancia entre ambas torres sería de aproximadamente 30 metros, por lo que es de suponer, a la vista de los paralelos hispanos, que la cerca *pompelonense* contaría en el flanco sur con torres semicirculares de 8 metros de diámetro separadas 15 metros entre ellas¹³ (fig. 15).

13 *Legio* es el ejemplo de mayor similitud, teniendo la muralla tetrárquica torres de 8,25 m de diámetro cada 15 metros (Durán, 2009, p. 795; García Marcos et al., 2007; Morillo, 2010, p. 471). En el caso de *Iruña Veleia*, las torres que son semicirculares, presentan diámetros algo inferiores, entre 5 y 6 m, y no son equidistantes documentándose 30 metros entre las torres I y II, 24 m entre la II y la III, 14,3 m entre la III y la IV y 10 m entre la IV y la V (Iriarte, 1997, p. 705). Por último, en Lugo las torres, de diversos diámetros entre 11 y 5 m, se encuentran a aproximadamente a 15 metros de distancia entre ellas.

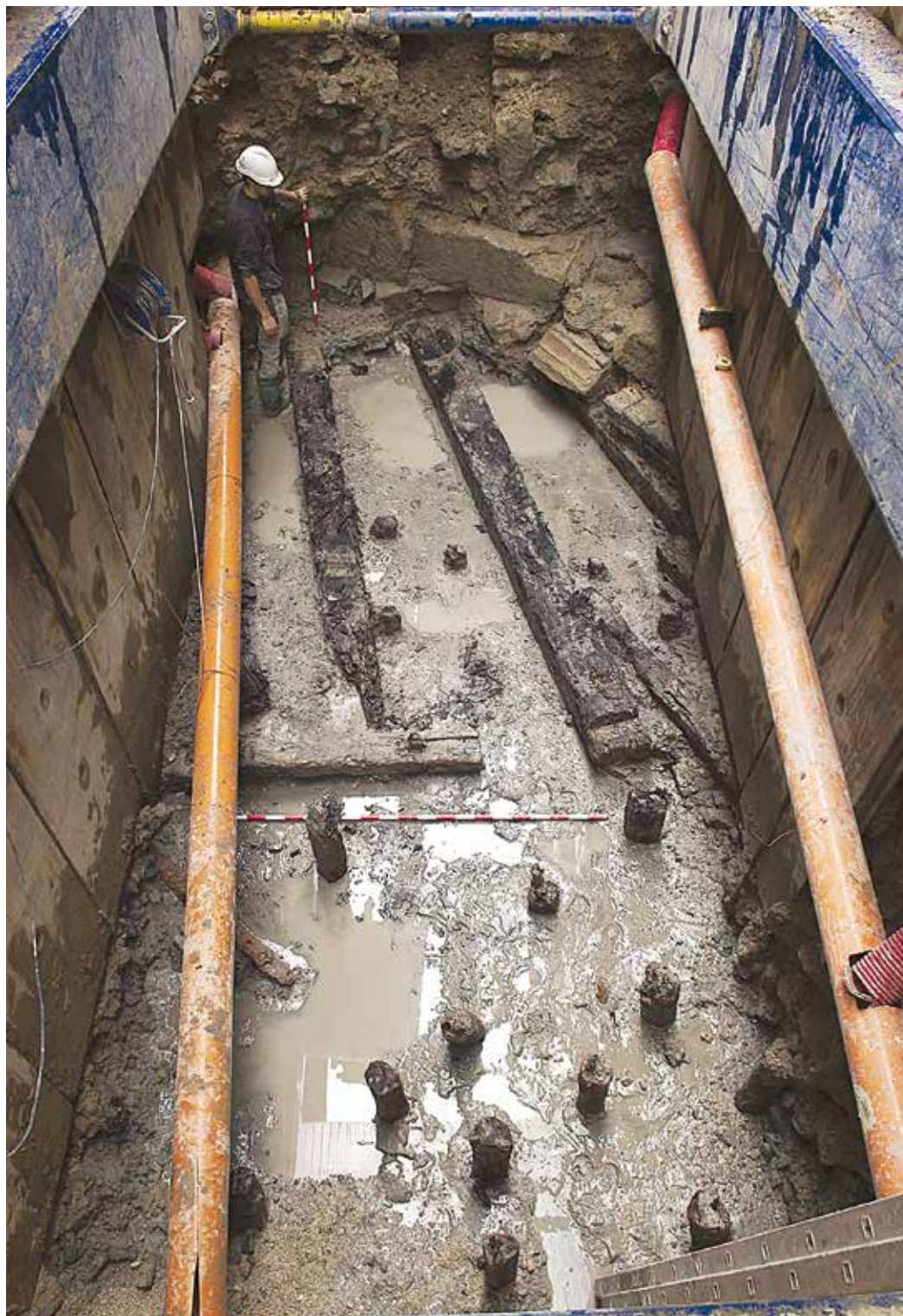


Figura 14. Pilotaje de madera de la muralla.

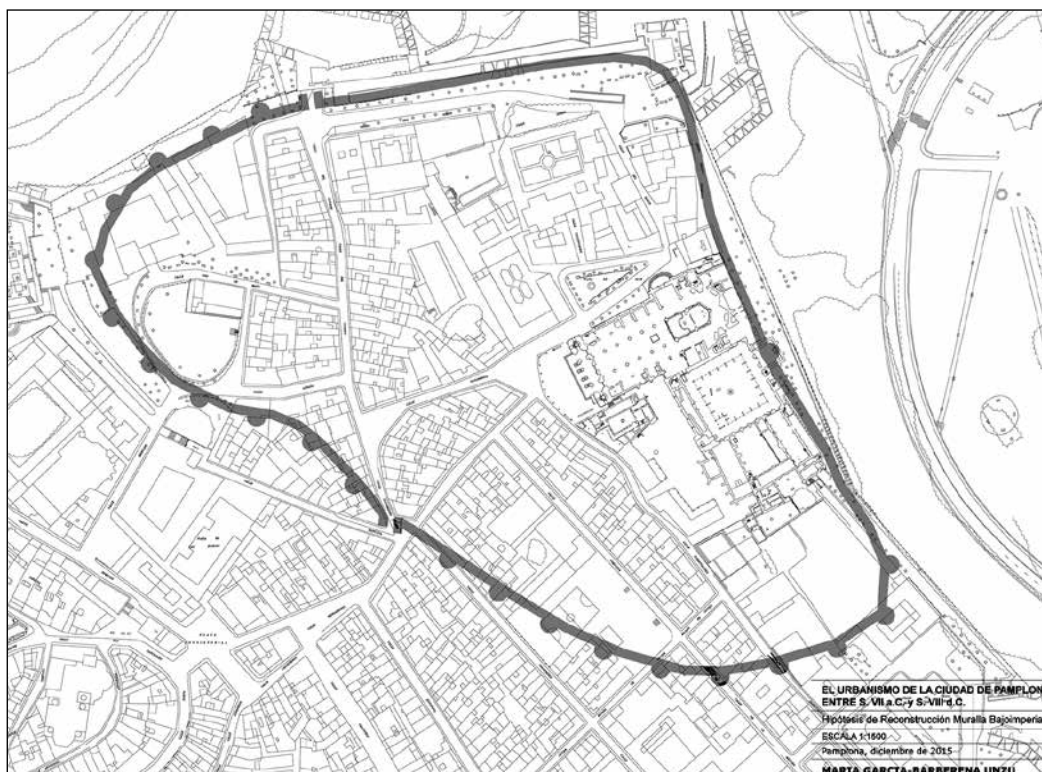


Figura 15. Reconstrucción de la muralla bajoimperial (Fuente: García-Barberena, 2016).

Por último, en la intervención realizada en la plaza de Santa Cecilia, en el cantil oeste del área de intervención, al alcanzar la cota de 438,70 msnm, se localizó la camisa externa de un muro de considerables proporciones. Para garantizar su conservación y permitir las labores de documentación y registro, fue preciso desplazar la ubicación inicial del buzón de recogida neumática de residuos hacia el este –intersección con calle Calderería–.

Al quedar fuera de la superficie afectada por el buzón, no se pudieron obtener datos sobre la composición interna del muro. Únicamente se actuó al exterior de la camisa de piedra orientada hacia el este. Mantenía un alzado máximo de 1,60 m; de ellos 1,30 m correspondían a su desarrollo aéreo y 0,30 m a sus cimentaciones (fig. 16).

La fábrica visible estaba formada por una primera hilada de sillares de arenisca de grandes proporciones, que en algunos casos superaban 1 m de longitud y 0,70 m de anchura. Sobre esta base se conservaban dos hiladas de sillares más irregulares y de dimensiones más reducidas 0,50/0,70 m de longitud y 0,20/0,40 m de anchura.

También en este caso parece que las piezas no fueron elaboradas para esta estructura, sino que se reutilizó el material constructivo procedente de construcciones ya en desuso. Por este motivo se producen claros desequilibrios en las hiladas que fueron corregidos mediante el uso de sillarejos y mampuestos.

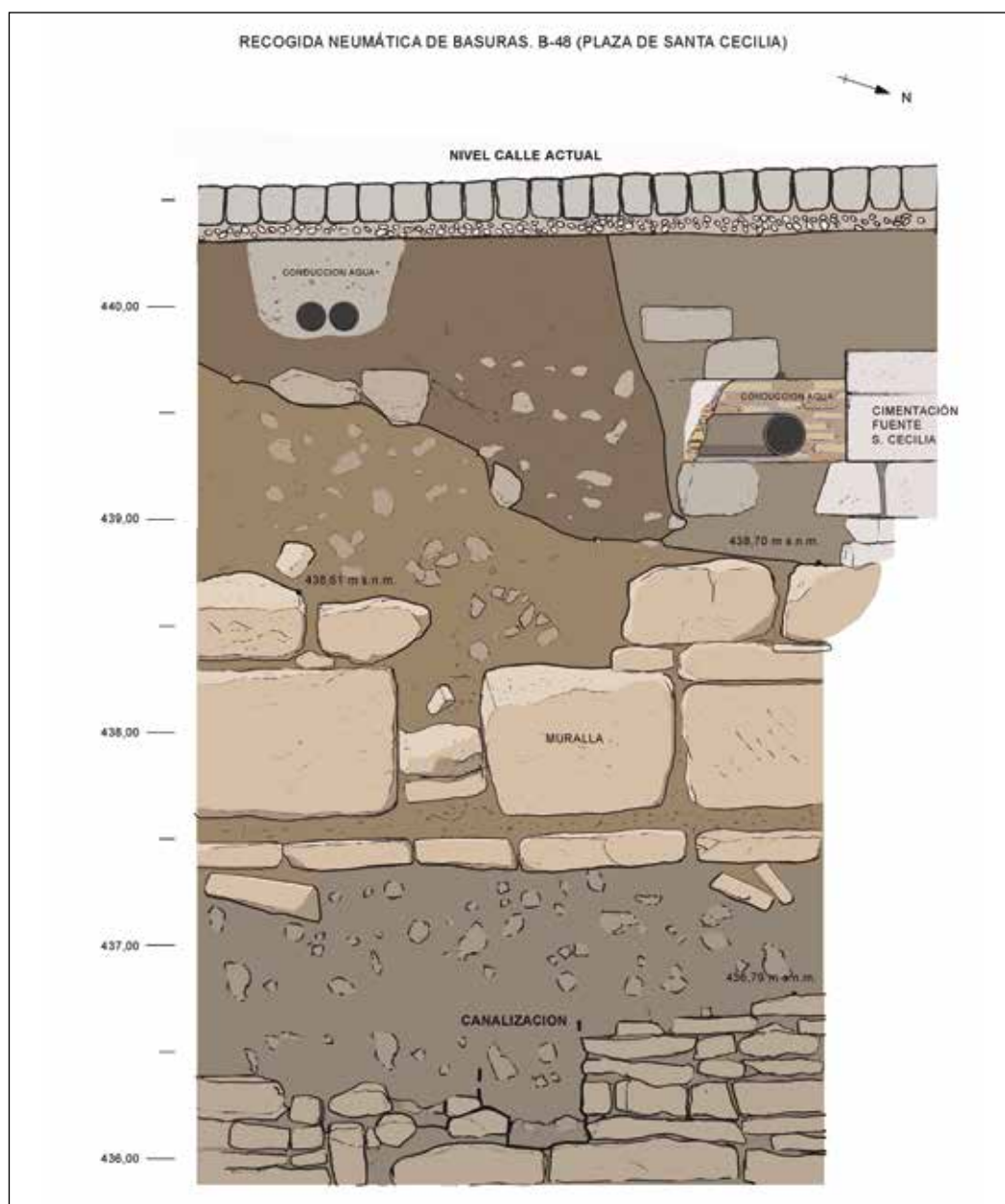


Figura 16. Muralla en Santa Cecilia.

La cimentación quedaba marcada por una línea de sillares más regulares y de menor anchura –0,50/0,70 m de longitud por 0,15 m de anchura–, que descansaban sobre un estrato compacto de sedimento que contenía gran cantidad de cantos y piedras de pequeño tamaño. Durante el proceso de excavación se recuperó un pequeño conjunto de materiales, entre los que destaca la presencia de dos fragmentos de TSHT pertenecientes a la F. Mezquíriz 37 con decoración de motivos vegetales y puntas de flecha.

Por otro lado, durante el desmontado de la mineta de la calle Navarrería se localizó parte de la cara oeste de esta estructura, realizada también con grandes sillares de arenisca. Se pudo documentar únicamente la coronación de la cara externa, lo cual permite estimar la anchura de la estructura en 5 m aproximadamente. Así mismo la excavación evidenció que la estructura realizaba un giro de 90 ° en dirección oeste con un paramento de bloques de calcarenita (fig. 17).



Figura 17. Muralla en la Navarrería.

La cronología de estos materiales, fechados hacia el siglo IV d. C, y la propia naturaleza constructiva del muro localizado, invita a ponerlo en relación con la muralla de época bajoimperial localizada en las calles Merced y Dormitallería¹⁴. Por la orientación

14 La identificación de la muralla en la plaza de Santa Cecilia cuenta además con el soporte documental que nos permite conocer los límites de la Ciudad de la Navarrería en el siglo XII, heredera de la ciudad tardoantigua, y que posiblemente mantuvo el mismo amurallamiento con las lógicas reparaciones necesarias con el paso del tiempo. En el documento en que Alfonso el Batallador otorga el Fuero de Jaca al Burgo de San Cernin –1129–, al fijar la «tierra de nadie» que ha de quedar entre la Ciudad de la Navarrería y el burgo franco, se evidencia que la primera tenía su límite precisamente en Santa Cecilia: «et quod non habeant nulla casa sancta Cecilia usque ad ista populacione» (Martínez, 1974, p. 42). Es además significativo el hecho de que la Navarrería conservase el apelativo de ciudad, frente al burgo franco. En el idioma francés el término *cité* designa la ciudad episcopal a diferencia de la palabra *ville*. Efectivamente la Navarrería era la ciudad episcopal desde la tardoantigüedad. Es sabido que las *cités*, al mismo tiempo que residencias episcopales, eran también ciudades fortalezas, herederas de los amurallamientos bajoimperiales. Serán los obispos, como señores de las ciudades, los encargados del mantenimiento de las mismas (Pirenne, 1994, pp. 43-45).

del tramo documentado, el quiebro que realiza el paramento, y su situación en el plano de la ciudad, no se puede descartar que se tratase de parte de una torre cuadrangular que estuviese defendiendo una de las puertas de la ciudad, o un ángulo de la misma. El trazado de la muralla en este punto debía discurrir próximo a la actual cota de nivel 442 msnm, posiblemente en paralelo o sobre el muro oeste de la terraza para enlazar con el extremo oeste del aterrazamiento flavio en el área de Aldapa y cerrar el recinto amurallado por encima del barranco de la Mañueta.

Otro dato que apunala la hipótesis de que el trazado de la muralla discurría por el entorno de la parte baja de la actual plaza de la Navarrería es la localización, en 1895, de una estela funeraria en un edificio de esta plaza y de la que dio noticia Iturralde y Suit (Iturralde y Suit, 1895). Es más que probable que la pieza se encontrara reutilizada formando parte de la muralla bajoimperial, lo que explicaría tanto su ubicación en mitad del antiguo núcleo urbano, como la fragmentación que los operarios produjeron en la misma al intentar extraerla, pues al parecer se encontraba fuertemente trabada con argamasa a otros materiales.

5. LA CIUDAD MEDIEVAL

Como hemos dicho, los datos arqueológicos que poseemos indican que la ciudad mantuvo su fisonomía hasta, al menos, el siglo VIII. Es de suponer, además, que continuó de este modo, con las lógicas transformaciones provocadas por incendios, destrucciones y reparaciones etc., hasta finales del siglo XI, cuando la expansión demográfica y la llegada de población foránea dio como resultado la construcción de los burgos de la Población y de San Cernin. Sin embargo, la ausencia de restos arqueológicos adscribirles a los siglos IX-XI, debido a la utilización preferente del adobe y la madera como materiales de construcción, no nos permite realizar precisiones sobre la ciudad durante estos siglos.

En los primeros años del siglo XI, Pamplona se hallaba en pleno proceso de despoblación. La protección dispensada por Sancho el Mayor en esa época hizo que fuese resurgiendo de nuevo. La antigua ciudad, protegida por las vetustas defensas romanas, pasó a llamarse la Navarrería, donde los vecinos locales, agricultores siervos del obispo, vivían en torno al conjunto catedralicio.

Los francos no se acogían al derecho local y fueron asentándose en una pequeña llanura situada al occidente de la ciudad. En una permuta que parece responder al reinado de Pedro I (1094-1104), se menciona ya el burgo nuevo, lo que hace pensar en esos años para ubicar el origen del burgo de San Cernin (Vazquez de Parga, 1948-1949). De forma simultánea se crearía un segundo burgo nuevo, también de francos, conocido como la Población de San Nicolás.

A la fundación de los distintos burgos le siguió un período (1213-1423) marcado por los conflictos. Las causas de discordia entre los diferentes burgos se centraban por un lado en la existencia de una «tierra de nadie» otorgada arbitrariamente a la Navarrería

por Sancho el Sabio en 1189 y, por otro, en el Privilegio de Alfonso el Batallador concedido a San Cernin¹⁵.

Las tensiones desembocaron con frecuencia en enfrentamientos violentos, como el que tuvo lugar en 1213 entre la Población y el Burgo, que concluyó con el incendio de la iglesia de San Nicolás; o la guerra de la Navarrería de 1276, que supuso la destrucción del núcleo originario de Pamplona y de la cual conservamos una vívida narración, escrita por Guilhem Anelier¹⁶. Los enfrentamientos continuaron hasta que Carlos III ordenó que cada uno de los barrios nombrase procuradores para arreglar las diferencias y unir las tres jurisdicciones en un solo ayuntamiento, con rentas, aprovechamientos y términos comunes, cuyos acuerdos se recogieron en el Privilegio de la Unión, aprobado el 8 de septiembre de 1423 (Martinena, 1974, pp. 41-71).

A este período, situado entre los siglos XII y XV, pertenecen un alto porcentaje de los restos defensivos localizados en las intervenciones arqueológicas realizadas en Pamplona en las últimas décadas. El volumen de información es muy elevado por lo que en el presente trabajo nos centraremos en aquellos hallazgos más relevantes y que más datos han aportado para corregir las hipótesis existentes sobre el trazado de las cercas medievales.

5.1. La Ciudad de la Navarrería

Los datos sobre las fortificaciones de la Navarrería previas a su destrucción en 1276, son poco claros y no permiten fijar con precisión la fisonomía de las defensas de la ciudad, que fueron igualmente arrasadas. De hecho, prácticamente nada de este antiguo recinto ha sido recuperado; únicamente en la plaza del Castillo se pudieron documentar restos defensivos de esta primera etapa.

El terreno que hoy ocupa la citada plaza, era «tierra de nadie» entre los diferentes burgos y fue, por tanto, testigo de las violentas contiendas entre los tres burgos de Pamplona, en especial de la guerra de la Navarrería. En la intervención arqueológica realizada entre los años 2000 y 2002, se localizaron restos del convento de Santiago en el sector meridional del área de excavación.

Este convento, fundado en el siglo XI y del que apenas se conoce nada, tuvo un papel decisivo en la defensa de la Navarrería en la contienda del siglo XIII, y parece que se mantuvo en pie hasta la construcción del nuevo castillo, ordenada por Fernando el Católico (Arazuri, 1979, p. 156; Martinena, 1974, pp. 129-133).

15 En el ya citado Fuero de Jaca se especifica que este se otorga a «vobis totos francos que popula-veritis in illo plano de Sancti Saturnini de Irunia». Este documento indica la situación del burgo en el llano de San Saturnino y también la zona destinada al mercado: «in illo plano de illa parte de Baragnien», es decir, hacia la Taconera.

16 La primera edición del poema de Anelier se la debemos a Pablo Ilarregui, de la Comisión de Monumentos de Navarra, quien recuperó el manuscrito guardado en el monasterio de Fitero (Anelier, 1847). Una edición más moderna la encontramos en Santano (1995).

Su localización física está refrendada por la documentación que conservamos del siglo XIV. En un documento de 1331 sobre el mercado, el señor de Sully hace anotar: «en la plaça que est delant el castieylo del seynnor rey cerca el monasterio de los freyres predicadores de Pomplona»¹⁷.

En la excavación se encontraron las cimentaciones de la fachada norte del edificio, así como una serie de dependencias, entre las que destacaba uno de los laterales del claustro, donde, bajo el nivel original de suelo, se documentaron más de medio centenar de sepulturas de inhumación, que formaban parte de la citada necrópolis del monasterio. La presencia de bolaños entre los enterramientos es una prueba evidente de la relación de estas estructuras con la consecución de episodios violentos (fig. 18). Así mismo, se localizaron hasta nueve conchas de peregrino formando parte de los ajuares de las inhumaciones, lo cual muestra una proporción bastante alta de peregrinos, cofrades o personas devotas de Santiago que habían realizado el camino de peregrinación, si se tiene en cuenta que el número de individuos excavados no superaban la centena. Este extremo, así como la cronología propuesta para estas estructuras, que en ningún caso supera el último tercio del siglo XIII¹⁸, nos lleva a identificar esta necrópolis, y las estructuras asociadas, con el convento de Santiago (figs. 19 y 20).



Figura 18. Enterramiento y bolaño en el convento de Santiago.



Figura 19. Enterramiento con dos conchas de peregrino.



Figura 20. Muro en *opus spicatum* del convento de Santiago.

17 AMP, caj. 14, n.º 102.

18 Basándonos en las relaciones estratigráficas de estas estructuras, cuya datación es precisa gracias al hallazgo de monedas correspondientes a las primeras emisiones de dineros y óbolos batidos en Navarra y en Aragón a finales del siglo XI y comienzos del siglo XII, en tiempos de Sancho V, Ramírez (1076-1094) y de Alfonso I, el Batallador (1104-1134). Además, cabe destacar que uno de los muros presentaba un aparejo de *opus spicatum*, en espiga o en espina de pez, que es característico del primer momento constructivo del convento.

También en la plaza del Castillo se documentó otra estructura que relacionamos con la guerra civil de 1276. El poema de Anelier relata cómo, durante la contienda, los habitantes de la Navarrería intentaron invadir la Población de San Nicolás haciendo una mina subterránea, que fue contrarrestada por Beumarché excavando una contramina: «llamó a maestre Bertrand, hizo éste traer maderos, y comenzose la excavación entre la Galea y el portal almenado; dirigiose hacia Çurriburu, luego hacia la Carnicería, hasta el otro lado del muro, y por fin los mineros de uno y otro campo se encontraron» (Arazuri, 1979, pp. 159-160).

Durante el proceso de excavación, al llegar a los niveles más próximos al terreno natural, se pudo documentar una mina y contramina subterránea excavada en la terraza, con unas dimensiones aproximadas de 1,80-2,00 m de altura por 1 m de anchura. En su interior, los materiales más modernos localizados podrían datarse entre los siglos XIV-XV, por ello, es factible que esta obra de ingeniería militar pudiera estar en relación con la mina citada por las fuentes documentales (figs. 21 y 22).



Figura 21. Mina y contramina.



Figura 22. Detalle del entibado de la mina subterránea.

5.1.1. El castillo de Luis el Hutín

Después de la guerra de la Navarrería, los reyes prohibieron reedificarla en cuarenta y ocho años. Los documentos de los años sucesivos prueban su total desolación, asegurando, incluso, que en su solar llegó a crecer la hierba y se segó centeno.

En 1303 estaba totalmente desierta y nadie vivía en ella, de hecho diez años después –1313– el rey Luis I autorizaba la reedificación de las casas propias del cabildo, tal y como estaban antes de la ruina, si bien de forma previa, en el año 1308, el rey ordenó al cabildo que permitiera a los canteros tomar piedras de la ciudad arruinada para aprovecharlas en las obras de un nuevo castillo¹⁹.

19 Debemos tener en cuenta que desde el siglo XII existía el palacio de San Pedro que dominaba la ciudad en su lado noroccidental y que fue sede de reyes y obispos, pero las partes vulnerables de la ciudad fueron siempre sus flancos sur y oeste, por falta de defensas naturales.

Como emplazamiento para la nueva fortaleza se eligieron los terrenos que se encontraban entre la Población de San Nicolás y las ruinas de la Ciudad de la Navarrería, es decir, en las inmediaciones de la actual plaza del Castillo²⁰. F. Idoate lo situó entre la actual calle Chapitela y la calle Estafeta, igual que J. J. Martinena.

La dirección de las obras fue encomendada a Belenguer Cruzat y a Martín de Roncal (Idoate, 1954, p. 59). Como se ha dicho, para su construcción se permitió a los canteros tomar piedra de la Navarrería²¹, completándola con la que se traía de las canteras de Ansoáin, Ezcaba, Cizur, Espilce y Guenduláin. Las obras duraron dos años y se dieron por finalizadas en 1310. En los registros de comptos se detallan con precisión las partidas de gastos de la construcción del castillo pero no se da ninguna descripción del mismo²². Según J. J. Martinena seguiría modelos franceses, ya que entre los trabajadores aparecen referencias a personal de origen francés. Siguiendo las indicaciones de este autor, la fortaleza respondería a la tipología de castillo gótico urbano. Sería de planta cuadrangular con torres en los ángulos, posiblemente de planta circular. Contaba con tres puertas, una daba hacia el convento de los Predicadores, otra frente a la iglesia de San Tirso situada en la actual calle Estafeta²³ y la última, la puerta principal, que posiblemente daba al chapitel, sirviendo la plaza del Castillo como plaza de armas (Martinena, 1974, pp. 162-163). Dentro del castillo existían varias casas habitadas por los oficiales y una capilla bajo la advocación de san Miguel (Idoate, 1954, p. 59).

En el año 2018 se realizó una intervención de urgencia en el edificio n.º 18 de la plaza del Castillo. El edificio contaba con un antiguo sótano que había sido parcialmente rellenado con escombros en la construcción del antiguo bar Tropicana. Al realizar el seguimiento arqueológico del vaciado de dicho sótano, se localizó un muro de dimensiones considerables sobre el que se apoyaba la fachada norte del edificio actual y que, hacia el este, coincidiendo con el medianil del edificio, describe un amplio arco, configurando una torre.

Se trata de una gran torre circular correspondiente al ángulo SE de una fortaleza, así como la escarpa sur de la misma. La escarpa es visible en una anchura de 2,90 m, sin que podamos conocer su anchura total, –que se presume superior a los 3,50 m–, debido a que la estructura se prolonga por debajo de la cimentación de la fachada del edificio actual, que apoya directamente sobre la muralla. La escarpa presenta un estado de conservación deficiente, encontrándose la parte superior descamisada y desmontada

20 Es precisamente en la carta otorgada en 1324 por el rey Carlos el Calvo concediendo el fuero de Jaca para la reedificación de la Navarrería, donde se nos detalla la localización del castillo; al establecer que el mercado debería tener lugar en la plaza que existía delante de su puerta. En el mismo documento se habla de la plaza del Castillo como la que «esta situada entre el castillo y el muro de la Población de San Nicolás».

21 ACP, arca B, n.º 60.

22 AGN, Comptos, caj. 159, n.º 49.

23 La Iglesia de San Tirso y su necrópolis fueron excavadas parcialmente en torno al número 47 de la calle Estafeta (Zuza, Zuazúa, García-Barberena & Unzu, 2016).

de forma irregular, especialmente es su extremo oeste. Mantiene un alzado máximo de 2,10 m en el núcleo, sin embargo, solo se conservan tres hiladas encamisadas. El aparejo está resuelto con hiladas regulares de entre 20 y 30 cm de grosor (fig. 23).



Figura 23. Escarpa y torre.

Respecto a la torre, el arco que mantiene permite trazar un diámetro de aproximadamente 13 metros. La torre conserva diez hiladas en un alzado de 3,20 m; las cinco hiladas inferiores, correspondientes a la cimentación de la estructura, presentan un aparejo pseudoisódomo con hiladas entre 30 y 50 cm de altura, realizados con bloques de calcarenita desbastados. Las cinco hiladas superiores, que se documentan únicamente en el extremo sur, formando parte del muro medianil con el número 17, responden al alzado visto de la estructura. La diferencia en la talla y acabado respecto de las hiladas inferiores es evidente. En este caso las hiladas presentan un despiece más reducido, con hiladas regulares de entre 25 y 30 cm de altura. Los sillares están tallados con trinchante y el acabado es en talud (fig. 24).

Tanto por la ubicación, como por las características poliorcéticas de la estructura, identificamos esta estructura con el ángulo SE del castillo de Luis el Hutín²⁴. La

24 Al formar parte la estructura de las actuales cimentaciones de los edificios, carecemos de un contexto arqueológico que nos permita conocer la cronología de las mismas. En la intervención arqueológica no se recuperaron materiales arqueológicos, al existir una excavación antigua del solar, como ya se ha comentado.



Figura 24. Detalle del torreón.

fortaleza se extendería hacia el norte a lo largo de la calle Estafeta bajo las viviendas de los portales pares. En este sentido cabe recordar que en el año 2007, en el local del bar Casino Eslava, se localizó un tramo de muralla de importantes dimensiones que, ahora sí, se puede adscribir sin lugar a dudas a esta fortaleza. Únicamente se pudo registrar un pequeño tramo de apenas 1,15 m de la camisa interior de piedra. La orientación era ligeramente noroeste-sureste, aunque las reducidas dimensiones de la zona excavada no permitían establecer mayores precisiones. La propia estructura fue reutilizada como base para la cimentación del muro medianil que separa los bares Fitero y Don Hilarión; del mismo modo, también sirvió para asentar sobre ella uno de los pilares de hormigón de la reforma realizada en el edificio en 1932 por el arquitecto Víctor Eusa. Tampoco se pudo comprobar la anchura total de la estructura, tan solo podemos señalar que podría superar los 4 m, al nivel de cimentaciones. En el momento de la intervención ya se apuntó que, debido a esa anchura, posiblemente formaba parte de una torre defensiva. Hoy podemos asegurar que efectivamente se trata de otro tramo de la misma torre que acabamos de describir.

La localización de la torre, supone un importante hito en el conocimiento de las defensas medievales de la ciudad, ya que permite fijar de manera definitiva la ubicación de este castillo urbano, tradicionalmente ubicado en el sector noreste de la plaza del Castillo en lugar del sector sureste.

En cuanto a las dimensiones del castillo, lo cierto es que existen infinidad de modelos de este tipo de fortaleza urbana, por lo que sería aventurado establecer paralelos. Sin embargo, sí contamos con algunos datos que nos permiten realizar algunas precisiones.

Durante la intervención arqueológica realizada en la plaza no se documentó ninguna estructura adscribible a esta fortaleza. Cabe recordar que el 1515, cuando se inicia la construcción del castillo de Fernando el Católico, se permitió usar como cantera el antiguo castillo del Hutín, lo que explicaría que el mismo se hubiera desmontado hasta sus cimientos. Pero a pesar de ello, habría existido alguna huella arqueológica detectable en la excavación. Este hecho nos permite aventurar unas dimensiones máximas para el cuerpo central de la fortaleza. Presumiendo una planta regular, ya que no existían problemas orográficos para su construcción, con una forma cuadrangular y cuatro torres simétricas en los ángulos, la fortaleza podría presentar una escarpa este-oeste de aproximadamente 38 metros entre las torres de 13 metros. Es decir, un castillo de aproximadamente 78 x 50 metros de lado, quedaría fuera de los límites de excavación del 2002, siendo estas unas dimensiones perfectamente defendibles para una estructura urbana de estas características. Estas dimensiones coincidirían además con la documentación histórica que precisa que una de las tres puertas del castillo, –la puerta mediana– se encontraba frente a la iglesia de San Tirso. Con las dimensiones que proponemos, efectivamente, aproximadamente la mitad de la cortina este del castillo quedaría enfrente a los números 49-51, donde se situaba la citada iglesia²⁵ (fig. 25).

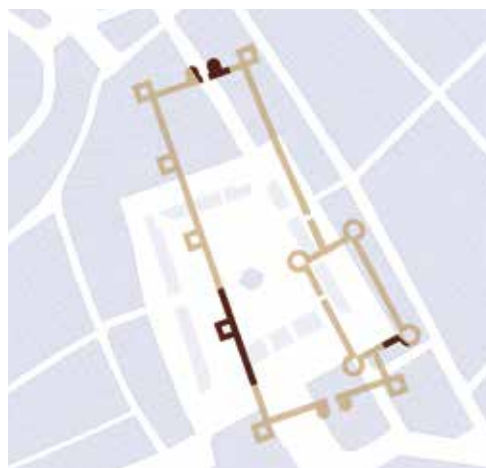


Figura 25. Hipótesis de reconstrucción del castillo.

Por otro lado, parece posible poder relacionar de forma definitiva la muralla localizada durante la intervención de la plaza del Castillo, y que se conserva en la primera planta del actual parking, con este castillo.

La muralla atraviesa la plaza con una dirección ligeramente NO-SE. El área excavada permitió documentar una estructura muraria de aproximadamente 120 metros de longitud y 3,90 metros de anchura. También se comprobó la existencia de una torre de planta rectangular de 8,5 x 12 x 8,5 metros de lado, con muros de 3,5 metros de anchura, que delimitan un espacio interior de planta cuadrada y 5 metros de lado. Los paramentos conservados de la muralla y la torre tienen un alzado máximo de 2 metros. La estructura original fue desmontada para el aprovechamiento posterior de la piedra, una actividad muy habitual y que afectó a la mayoría de las fortificaciones de Pamplona,

25 La necrópolis de la Iglesia de San Tirso fue localizada en 2012 en el solar del número 47 de la calle Estafeta de Pamplona, corroborando la ubicación aportada por la documentación histórica. Parte de las sepulturas se encuentran musealizadas en el local del número 47. Los resultados de esta intervención arqueológica fueron objeto de publicación en (Zuza et al, 2016).

como recogen con asiduidad las fuentes documentales. El resultado de esta práctica fue una ruina uniforme, conservada a nivel de cimentaciones (fig. 26).

La cronología de esta estructura pudo definirse en buena parte gracias a la intersección entre la muralla y la mina subterránea anteriormente citada. Al acometer la excavación en la intersección de la mina, con la atarjea principal de las termas –situada bajo la muralla– y con la muralla, se pudo constatar que la mina, al coincidir espacialmente con la atarjea romana, la perforó para atravesarla y en la ejecución de esta tarea entibaron el suelo y los laterales de la mina para evitar que se desmoronara. Posteriormente, al construirse la muralla medieval, taparon el hueco abierto en la atarjea con sillares y piedras irregulares que estaban recibidos con la misma argamasa que formaba parte de la base de la muralla. Una vez rellenado el hueco dejado por la mina, prosiguieron colocando la base de argamasa para, sobre ella, levantar el paramento defensivo. Al margen de la cronología aportada por los materiales cerámicos, que no permite precisar más allá de que efectivamente se trata de una construcción bajomedieval (s. XIII-XIV), este hecho nos ofrece una fecha *post quem* a partir de la cual pudo tener lugar su construcción.

Esta fecha sería la de 1276, año de la guerra de los burgos, lo que nos permite adscribir la construcción de esta muralla al siglo XIV, en relación con el castillo de Luis el Hutín, delimitando la plaza de armas del mismo; plaza que ha quedado fosilizada urbanísticamente en la actual plaza del Castillo.

Por otro lado, en la calle Chapitela, en el año 1996, en los primeros momentos de la obra de reurbanización del Casco Antiguo, –consistente en la instalación de una galería de servicios de 2 m de ancho por 2,75 m–, entre los portales 19/16 se localizó el basamento de un torreón circular de 3 metros de diámetro y el paramento del muro al que estaba adosado (fig. 27). Ambas estructuras poseían un grueso núcleo realizado con piedras trabadas con argamasa, forrado con una doble camisa de sillarejo. Dicho muro, con dirección E-O, tenía una anchura de 3,80 m y un alzado conservado de 1,70 m. La coincidencia espacial de la estructura defensiva con la mina del siglo XVIII, provocó la destrucción de la primera, quedando arrasada hasta cotas de cimentación. Es posible relacionar esta muralla con la localizada por Blas de Taracena en 1945 en el sótano de la casa 19 de la calle Chapitela (Taracena & Vazquez de Parga, 1946, p. 117). En su



Figura 26. Muralla de la plaza del Castillo.



Figura 27. Torreón en la calle Chapitela.

momento el historiador no dudó en identificar como romanos los restos, sin embargo, este hallazgo obliga a ponerlos en relación con la cerca medieval de la Navarrería. La localización de dos torreones defensivos tan próximos entre sí, indican la presencia de un vano entre ellos, por tanto, creemos que estas estructuras corresponden a una de las puertas del castillo de Luis el Hutín, la que se abría hacia el chapitel.

5.1.2. El recinto amurallado del siglo XIV

En 1366 Carlos II ordenó cerrar y fortificar la Navarrería. Las murallas góticas de la Navarrería se han podido estudiar en diversos tramos localizados en los flancos sur y oeste, donde posteriormente fue demolido, ya que los flancos este y norte coinciden espacialmente, en su práctica totalidad²⁶, con las murallas renacentistas que hoy continúan en pie y por lo tanto no son visibles.

Flanco oeste

También en el año 1996, nuevamente en las obras de reurbanización, se localizó un pequeño tramo del lienzo de muralla en la calle Mercaderes. La estructura presentaba una anchura de 1,50 metros, y una longitud aproximada de 4 metros, conservando un alzado de 1 metro. Tanto por sus dimensiones como por su fábrica, se identificó como un lienzo del recinto defensivo bajomedieval, a pesar de no coincidir con los trazados propuestos hasta el momento por los historiadores. Es posible que este tramo de muralla formara parte del flanco norte del vestíbulo del portal del Chapitel descrito por Martinena (1974, p. 266) (fig. 28).



Figura 28. Muralla en la calle Mercaderes.

Así mismo, en el año 2003, se realizó una intervención arqueológica en el solar de San Fermín de Aldapa cuyo objeto era conocer el potencial arqueológico de la zona a fin de estudiar la posibilidad de construir un parking subterráneo en el mismo. En el desarrollo de la intervención arqueológica se localizó una de las torres del recinto medieval que defendía la Navarrería. Se trata de una estructura de planta ultrasemicircular de 10 m de diámetro, construida con muros de 2,40 m de anchura y

26 Exceptuando la trasera de la catedral y la capilla de Barbazana que tendrían también funciones defensivas.

que conservaba un alzado máximo de 2 metros. La fábrica consta de un núcleo central y doble camisa, pudiéndose diferenciar el arranque de la cimentación, donde se utilizaron hiladas de mampostería con piezas de 35-40 cm de longitud y 10-12 cm de espesor. A partir de la sexta hilada el aparejo cambia, empleando sillares regulares dispuestos a soga, sin embargo, tampoco estos presentaban trabajo de labra al tratarse de una parte de la estructura que no formaba parte del desarrollo aéreo. Únicamente se aprecia un trabajo de desbaste en la cara externa y en los laterales, para mejorar el encuentro entre las piezas y evitar que se produzcan graves distorsiones entre las hiladas.

Atendiendo a las características constructivas, esta estructura responde al esquema constructivo de las bestorres, que en la península ibérica no se documenta hasta momentos avanzados del siglo XII (Mora-Figueroa, 1994, pp. 51-52). Las relaciones estratigráficas, los materiales depositados en las zanjas de cimentación, así como la información derivada de la documentación histórica (Martinena, 1974, pp. 165-167), permitió identificar que se trataba de un elemento defensivo levantado en el siglo XIV (fig. 29).



Figura 29. Vista general de la excavación de Aldapa con la bestorre.

Flanco sur

Según describe J. J. Martinena, la muralla de la Ciudad de la Navarrería doblaba en ángulo recto en la calle Estafeta para continuar hasta la torre «sobre el molino de Caparoso» o «de la judería», donde hoy se levanta el baluarte de Labrit (Martinena, 1974, p. 170). La documentación bajomedieval detalla que el muro era «de tapia» excepto dos tramos: uno junto a la puerta de Tejería y otro junto a la torre del molino de Caparoso,

que eran «de cal y canto»²⁷. En el frente existían cuatro torres y una puerta, –la de la Fuente Vieja– que apareció en 1918 durante el derribo de las murallas²⁸ y que existió hasta el siglo XVII.

En el año 2010, con motivo de las obras de recogida neumática de residuos, se abrió un buzón, el B-31, frente al número 25 de la calle Juan de Labrit, lo que suponía la excavación de una superficie de 10,20 m². En la intervención se localizó una torre de época medieval. Se documentó la cara externa con 6,40 m de largo y una anchura vista de entre 1 m y 1,40 m. La estructura mantenía un alzado de 2,20 metros. La torre presenta una buena fábrica, con una camisa externa realizada con sillares rectangulares de 20 cm de alto por 40/60 cm de ancho, trabados con mortero de cal y arena. El núcleo está formado por cantos, ripios y abundante mortero de cal. Las dos hiladas inferiores sobresalen 26 cm a modo de retalle de cimentación apoyándose directamente en las margas. El límite oeste de esta torre cuadrangular coincidiría prácticamente con la intersección entre la calle Juan de Labrit y la calle San Agustín. Su ubicación y características constructivas permiten identificarla con una de las cuatro torres medievales que defendían la cortina sur de la Navarrería (fig. 30).



Figura 30. Torre en la calle Juan de Labrit.

27 AGN, Papeles Sueltos, reg. 172, carp. 4.

28 *La Avalancha*, 24/08/1918.

Por último, en el año 2013, durante las obras de rehabilitación del baluarte de Labrit, se derrumbó un muro construido en 1953 para consolidar la base del baluarte y a su vez urbanizar la plaza de Santa María la Real y los alrededores del frontón Labrit. Al realizar la retirada de los restos del derrumbe y el talud de las tierras del baluarte se localizaron restos arqueológicos estructurales. Se identificaron las hiladas de cimentación de cinco muros de factura irregular, a base de ripios a canto seco, que parecen corresponder a construcciones de época medieval relacionadas, seguramente, con la torre sobre el molino de Caparroso. Estas estructuras quedaron amortizadas para el primer cuarto del siglo XVI con la construcción del primer baluarte, que propiciaría el relleno con tierra y fajina del torreón, tal y como indica la documentación.

Como más adelante se detallará, a partir de 1515 se decide reforzar el recinto amurallado Pamplonés adaptándolo a las nuevas formas abaluartadas. En el lugar donde se ubicaba la torre sobre el molino de Caparroso, se decidió levantar un bastión, más apropiado para la defensa de la plaza que la torre de morfología medieval. Sabemos por la documentación que este ángulo fue uno de los primeros en modificarse. Un documento fechado el 15 de octubre de 1521, en el que se describe el estado de las murallas de Pamplona, confirma que el bastión sobre el molino de Caparroso se encontraba ya muy avanzado (Echarri, 2000, p. 96). El bastión en ese momento se califica de grande, con 50 pies de largo, sin embargo en 1535 este primer bastión se había quedado pequeño y el maestro de campo Guevara, propuso la construcción de un nuevo bastión en el ángulo del molino de Caparroso, que abarcara y cubriera lo anteriormente trazado: «Sobre el molino de Caparroso, a lo agora está hecho un bastión pequeño, se ha de hacer otro bastión que tome una hera que está delante del dicho bastión» (Echarri, 2000, p. 101; Idoate, 1954, p. 68). Este segundo bastión que cubría al primero se comenzó a realizar en 1538, gracias a la insistencia de Benedicto de Ravena en que se debía hacer²⁹.

Al proceder al desescombro del derrumbe también quedó al descubierto una estructura mural de aproximadamente 10,5 metros de altura y 9 metros en dirección E-O, que se encontraba formando parte del núcleo y camisa interna del flanco sur del baluarte. La lectura de paramentos realizada permitió diferenciar hasta cuatro momentos constructivos que se solapaban. La parte más antigua del paramento corresponde con la parte baja, en la que existe una aspillera y un contrafuerte. Su cimentación consta de tres hiladas que se adaptan escalonadamente al terreno natural. El muro es de buena factura, realizado con sillares de calcarenita bien escuadrados dispuestos a soga y tizón y trabados con una fuerte argamasa de cal y arena. El módulo de los sillares oscila entre los 47 x 25 y 35 x 25 cm, se localizan excepcionalmente piezas de hasta 80 x 24 cm. El muro, que alcanza los 7 metros de anchura, presenta, en su lado este, un contrafuerte

29 Algunos años después, Fratrín, en su diseño de la nueva Ciudadela y defensas de la ciudad, propuso ampliar nuevamente el bastión sobre el Molino de Caparroso haciéndolo crecer por su lado sur, y respetando la traza por el este (Echarri, 2000, p. 149). Durante los siglos XVII y XVIII el baluarte de Labrit fue objeto de numerosos proyectos para mejorar su defensa con la construcción de falsasbragas, casamatas altas y bajas, e incluso proyectando un baluarte bajo por el Marqués de Verboom.

de 80 cm de grosor. Sin embargo, el elemento más destacable de este paramento es la saetera de 1,5 m de altura y 1 metro de anchura. La aspillera, con profundos derrames, deja una abertura exterior de 10 cm y está adornada con un dintel apoyado sobre ménsulas. El suelo de la aspillera no se conserva, en la excavación del estrato situado en el interior de la misma se localizaron cerámicas con vedrío verde y decoración de botones aplicados, paradigmáticas de los siglos XIII y XIV. Por encima de la saetera –a 2,50 m de altura– el muro presenta un retranqueo de 60 cm y continúa con la misma fábrica hasta los 7 metros de altura. Es común en las torres medievales que los muros se escalonen perdiendo grosor en cada piso con el fin de aligerar la estructura, por lo que muy posiblemente el retranqueo de este muro se corresponda con uno de estos escalonamientos (figs. 31 y 32).



Figura 31. Paramento en el baluarte de Labrit.

Al este del contrafuerte se identifica un nuevo paramento que corresponde a una reforma del primero. Se trata de una nueva estructura muraria perfectamente enrasada y adosada con el citado contrafuerte y realizada con una fábrica muy similar al primero. Tan solo se ha podido documentar en un tramo de 1,5 m de largo y 4 m ancho. Es evidente que se trata de una reforma, ya que en la junta entre ambas estructuras se aprecia el canto del contrafuerte. Por algún motivo, y a juzgar por la fábrica, todavía en el momento de uso de la torre medieval, esta sufrió una reforma reforzando este tramo con un engrosamiento del muro. Asociado a este nuevo paño se ha localizado un pavimento de grandes losas que apenas pudo ser documentado.

El tercer impulso constructivo que se puede observar en el muro es claramente posterior. Se trata de la parte superior del lienzo, en concreto de los 3,5 m superiores. El lienzo está realizado con sillarejo de módulo algo más pequeño que los anteriores, oscilando entre los 25 y 35 cm. Sin embargo, la diferencia fundamental entre ambos paramentos es que en este las piezas no están bien labradas, sino que tan solo han sido desbastadas, proporcionándoles cierta regularidad. Las juntas entre ellos, por tanto, son amplias y bastas. El sillarejo está trabado con una dura argamasa hidráulica, la misma que impregna la parte alta de la estructura medieval. Los sillares están recubiertos por la argamasa, lo que indica que esta cara del muro era la interna, la que no estaba a la vista, por lo que no se cuidó este extremo. El muro presenta un arco de descarga en el lado oeste –al localizarse el segundo muro medieval 1,30 m más abajo–, mientras que en el este, se adosa al lienzo primitivo describiendo un nuevo retranqueo. En este tramo, el lienzo conserva un pequeño arbolón o drenaje. Es posible que en este punto

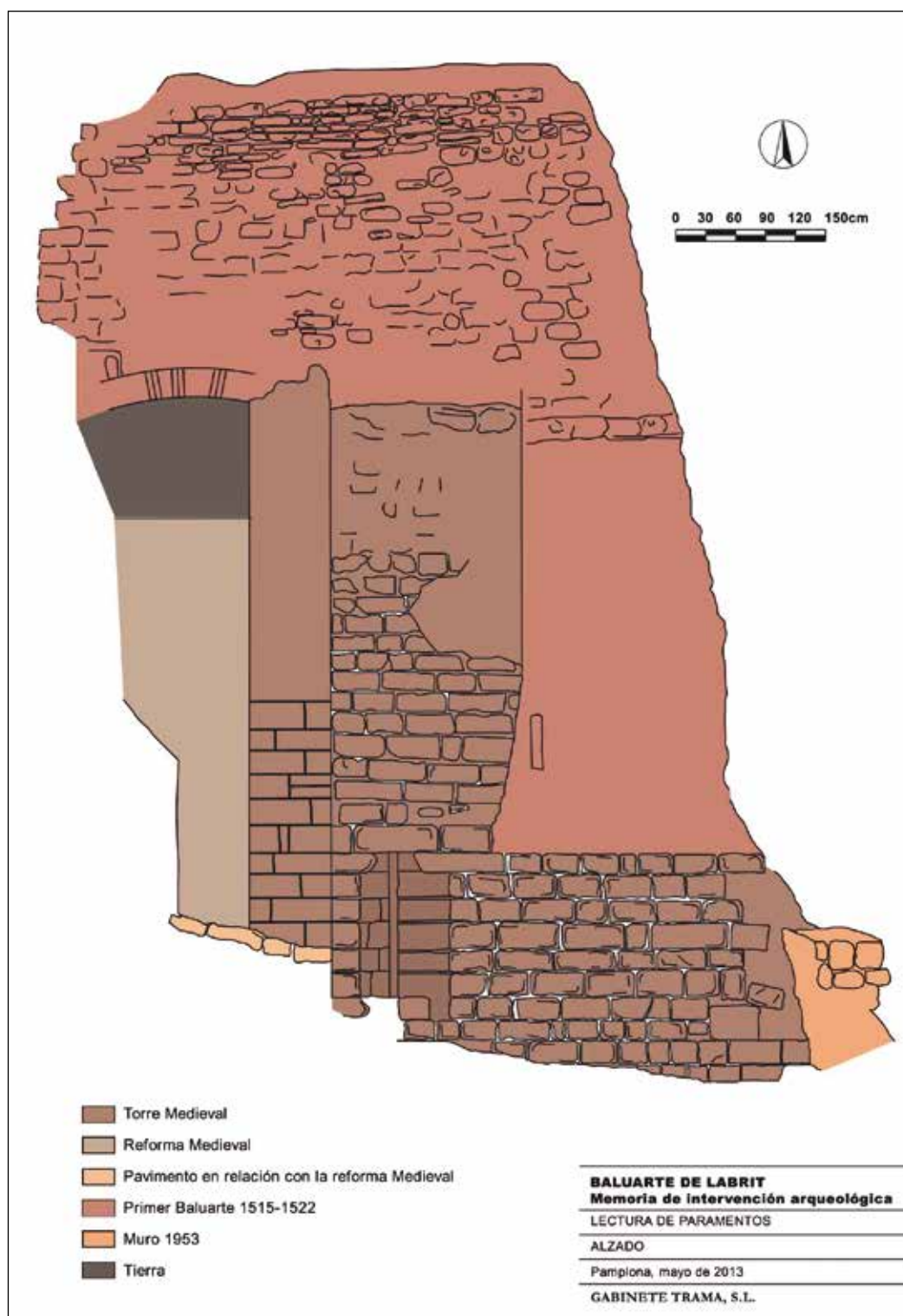


Figura 32. Lectura de paramentos.

el muro moderno se encuentre trasdosando el medieval, que estará detrás, para darle mayor grosor, ya que desciende hasta los 2,35 m, coincidiendo con la pérdida de grosor del muro primitivo anteriormente citada.

La interpretación de estas reformas no es sencilla. Evidentemente se trata de una estructura medieval reutilizada en época moderna, también con fines defensivos. Ya se ha citado que en 1515 se hacía un primer baluarte en el lugar donde se ubicaba la antigua torre sobre el Molino de Caparros: «Esta torre está fortificada por la parte de dentro con su maderamiento de vigas y faxina y tierra, en la cual se han hecho dos entresuelos con dos traveses cada uno, los dos que guardan el lienzo hacia la puerta de la Tejería y los otros que guardan el lienzo de las espaldas de la Iglesia Mayor. Y el canto de esta torre, por la parte de dentro está hecho un baluarte de tierra y fajina con su maderamiento de vigas y 50 pies en ancho y 60 de largo y de 14 pies en alto sin el petril que es de 4 pies y medio en alto, y su escalera para poder subir artillería» (Idoate, 1954, p. 110).

Sin duda el muro medieval corresponde con la parte interna de una estructura defensiva medieval que debemos identificar con la torre sobre el molino de Caparros. Si efectivamente el nuevo baluarte se hizo a canto de la torre, es factible que reutilizasen algunos de sus paños, recreciéndolos y adaptándolos a la nueva construcción abaluartada. Como veremos, la dinámica de aumentar el tamaño de las estructuras defensivas reutilizando las anteriores, es común en las murallas de Pamplona. Así lo atestiguan los esquemas de Pizaño en los que claramente se cita que la muralla nueva se pega a la vieja para, entre las dos, alcanzar los 10 pies de grosor. Del mismo modo, todas las reformas que se realizaron en el baluarte de Labrit consistieron en aumentar el mismo, abarcando lo anterior, y aumentándolo, destruyendo lo mínimo imprescindible.

5.2. El Burgo de San Cernin

Desde su fundación el Burgo fue fortificado, se rodeó de fosos y de una doble muralla, excepto en la parte que daba al río, ya que el desnivel natural solo hizo necesaria la construcción de un muro. Los terrenos de la calle San Saturnino estuvieron ocupados por murallas y fosos. Como sucediera con las murallas de la Navarrería, a partir del Privilegio de la Unión, los antiguos muros este y sur del Burgo quedaron sin uso. Se conservaron durante mucho tiempo sirviendo de pared maestra sobre la que se cargaban tejados y medianiles, gracias a lo cual muchos se han preservado hasta nuestros días. De hecho, es en el burgo de San Cernin, sin lugar a dudas, donde se han documentado un mayor número de restos de las murallas.

5.2.1. El frente este y la torre Galea

El frente este, llamado «la Galea», tenía doble muro. Estaría compuesto por lienzos aspillerados, en los que habitualmente descargaban sus paredes las casas inmediatas, y estaba flanqueado por torres cuadradas. Entre estas se encontraba la torre de la Galea, torre principal, que daba nombre al frente y que aparece nombrada en el célebre poema de Anelier que nos ha dejado las imágenes más vívidas y también las más cruentas de aquel conflicto bélico. Durante la guerra, esta torre, estuvo

bien defendida, «pues el peligro se encontraba en aquella torre»³⁰, al ser la más cercana a la enemiga Navarrería, llegando a soportar graves dificultades en los combates³¹.

Son sin duda las palabras de este cronista las que han hecho que esta torre sea la más conocida de la Pamplona medieval, siendo objeto de estudio por algunos de los historiadores de la ciudad, desde Altadill, Campión, Idoate o Martinena. Por ellos sabemos que se usó como patíbulo, despeñadero de delincuentes, a punto estuvo de ser sede del Real Consejo, y que a mediados del s. XVII, aunque derruida en parte, aún era visible (Martinena, 1974, pp. 263-264). Defendía esta torre el flanco amurallado de San Cernin enfrentado a la Navarrería, así como el denominado acceso de Portalapea. Se trataba de una torre albarrana con planta pentagonal en punta. Posiblemente el origen de su nombre esté relacionado con dicha morfología, «la Galea» o «la Galera», en similitud con este tipo de nave, cuyo paralelo más cercano podemos encontrar en la torre principal del castillo de Irulegui³².

La intervención arqueológica realizada en el Hotel Pompaelo en 2015 sacó a la luz varias estructuras de cronología medieval asociadas con los elementos defensivos del Burgo de San Cernin. Entre ellos destacan dos grandes pilares, y el lienzo exterior de una torre que conservaba al menos 12 metros de altura y dos saeteras, y que se localizó reutilizado como muro medianil de las casas actualmente en pie. Por su ubicación con toda probabilidad se trate de la célebre torre Galea. La identificación del paramento de torre localizado en el Hotel Pompaelo con la Galea es defendible por varios motivos. En primer lugar, por la ubicación del portal de Portalapea, llamado también del Burgo o Chapitel (fig. 33).

30 El poema especifica que la defendían «don Bernart Peritz, que era un buen defensor, Miguel Sanz Alavés, con firmeza; don Guiralt de Seta, combativo y peleador; Martín de Laturlegui estuvo con ellos igualmente; Ochoa de Larrumbe allí estuvo y otras gentes» (vv. 2467-68).

31 «Entre el fuego, el humo, el resplandor, las llamaradas y el viento, transformaban el cielo y el aire; sin embargo, los de la Galea estaban en grandes apuros, pues no se veían los unos a los otros y ni siquiera se podían entrever: tan grande era la dificultad creada por el humo y el fuerte viento. [...] Entonces habríais visto a las mujeres y a las muchachas correr, y a los criados y criadas traer agua para llevarla a la Galea y aliviar a los hombres; pues en la casa en la que el vigía hacía guardia había prendido el fuego y comenzaba a arder; pero los de la torre, que se encontraban agobiados, con gran pena la echaron abajo; [...] Al día siguiente, cuando salió el sol, los trabuquetes habían golpeado y disparado tanto, que en la parte alta de la Galea les había roto la corona que la rodeaba, de modo que ahora no se encontraban seguros los de allí arriba, y estaban apurados y asustados [...] Así cuando venía la piedra del poderoso trabuquete, se metían debajo hasta que el golpe hubiera pasado; pues tal y tan endiablado era, que la torre temblaba; [...] pues no había un solo día, os lo digo de verdad, que no le diesen sobre el costado alrededor de cincuenta piedras, y cada una pesaba tres quintales acabados. Os puedo asegurar además que al pie de la torre podríais encontrar mil de aquellas grandes piedras, esto es cierto» (vv. 3027 y ss.).

32 Así lo especifica J. J. Martinena en un reciente artículo periodístico, publicado en *Diario de Navarra* el día 11 de septiembre de 2017.

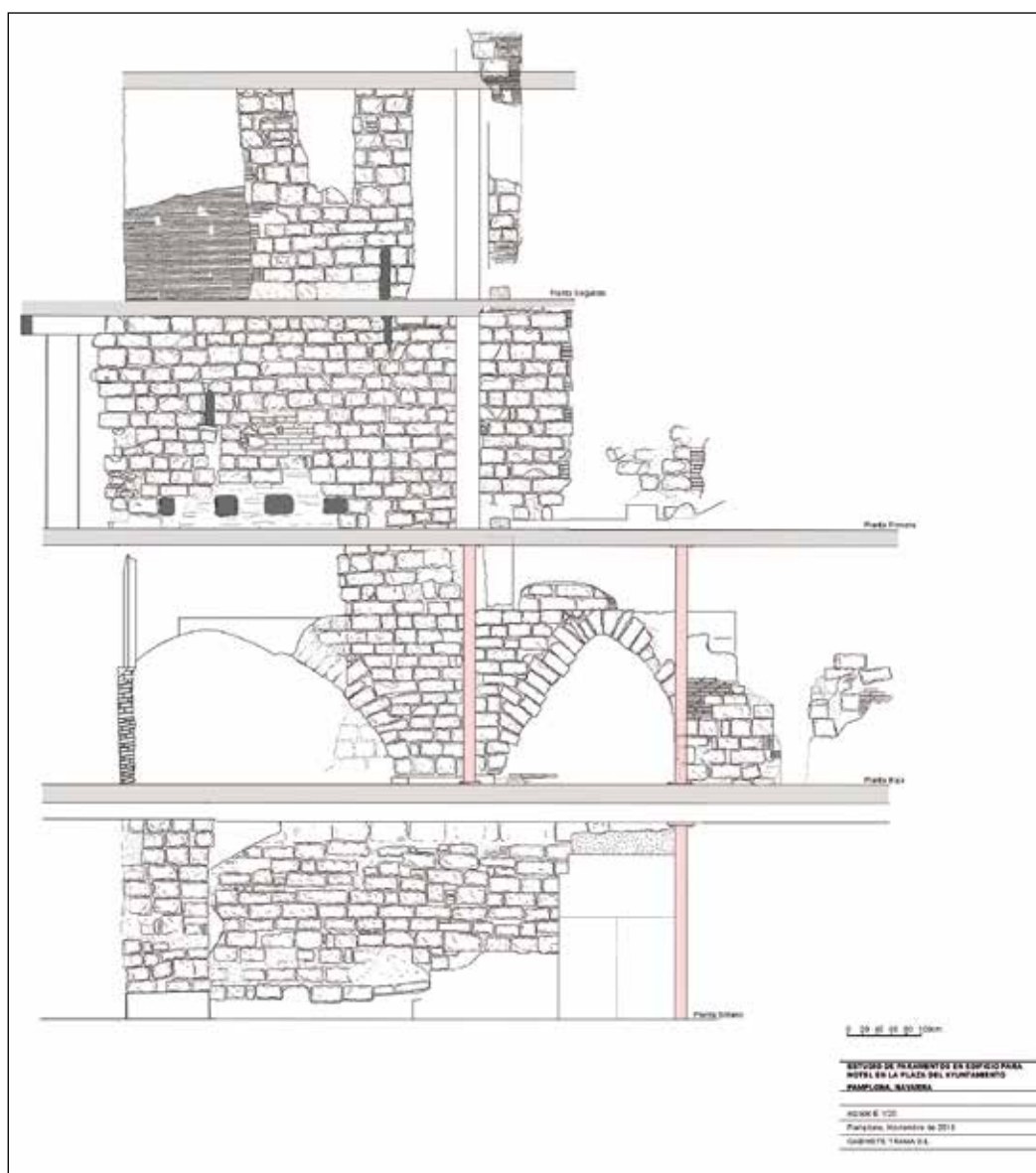


Figura 33. Lienzo interpretado como la torre Galea.

La planta de este portal, abierto en el lienzo de muralla que miraba al mercado de la Navarrería, está reflejada fielmente en un plano conservado en el Archivo General de Navarra, procedente de un proceso del año 1763. Estructuralmente se trata de una entrada en recodo con dos puertas. La interior, era un arco protegido por dos torreones y ocho matacanes en el adarve similares a los de la iglesia de San Nicolás (Martínez, 1974, p. 266). El portal con sus dependencias ocuparía el espacio comprendido entre la calle Ansoleaga y los números 1 y 4 de la calle San Saturnino, y posiblemente la puerta interior estaría frente a las actuales escaleras que bajan a la

calle Santo Domingo³³. Atravesando el portal se accedía al calleforte, situado junto al atrio de San Cernin, que sería, según J. J. Martinena, a la vez vestíbulo y corazón del Burgo, donde confluían las actuales calles denominadas Mayor, Jarauta, Campana y Ansoleaga (Martinena, 1974, p. 266).

El portal fue demolido poco después de la guerra de la Independencia y todavía en 1847 se conservaban algunas señales de su existencia. Previamente, en 1815, había sido parcialmente desmantelado para dar mayor amplitud a la entrada de la calle Mayor. Ello exigió hacer una fachada nueva a la casa número 14 de la calle San Saturnino. En 1890 se tiraron las casas de la acera de los números impares cediendo parte de sus solares para ensanchar la calzada. En su lugar se levantó la que hoy tiene el número 1. Durante el derribo apareció un cubo o tambor de piedra, sin duda restos de una de las torres. Los arquitectos, Ansoleaga y Arteaga, no creyeron conveniente conservar los restos atendiendo a su poca resistencia³⁴. Esta documentación nos permite situar de forma fiable el portal de Portalea. Los restos del portal que se derribaron en el siglo XIX pertenecerían a la puerta interior de un sistema de puerta en recodo, situándose el primer portal bajo la actual Casa Seminario (vid. plano). De hecho, en 1996, en la primera fase de la reurbanización, en la plaza Consistorial, a la altura de este edificio se localizó un nuevo tramo de muralla, de 1,10 m de anchura, que tenía adosado un antepecho de peor factura y 1,30 m de ancho. La muralla se localizó en un tramo de 4 metros y conservaba un alzado de 1,50 m, tenía una dirección NE-SE y dibujaba un quiebro hacia la calle Nueva. Sin duda se trata de la cerca exterior del Burgo de San Cernin, y posiblemente estuviera también en relación con el primer portal de la puerta en recodo de Portalea.

Por tanto, la torre de la Galea, situada entre este portal y el burgo de San Nicolás debía situarse al sur de la citada estructura. Por otro lado, el muro medianil localizado en el Hotel Pompaelo y que identificamos con la torre, presenta un quiebro que muy bien podría responder precisamente al ángulo de la punta de la Galea, que estaba orientada hacia la Población de San Nicolás. Además, el hecho de haber localizado dos grandes pilares precisamente hacia el lado de San Nicolás, podría indicar que efectivamente como torre albarrana que era, se encontraba conectada por un paso elevado con la barbacana del burgo de San Cernin, toda vez que se sabe que este burgo contaba con un doble recinto. Por último, la documentación también indica que la torre Galea marcaba el inicio del foso en dirección a la torre de María Delgada (Martinena, 1974, p. 263). Durante la excavación del Hotel Pompaelo, si bien no se pudo documentar la existencia del citado foso, por contar el solar con sótano, sí se pudo constatar que la

33 Una de sus torres estaba trabada a la pared izquierda del callejón que existe junto al número 12.

34 Entre los años 1998 y 1999 se realizó la reurbanización de la calle San Saturnino, –instalando una galería de servicios–, sin embargo en aquella ocasión no se localizó ningún elemento estructural vinculable a este portal. Únicamente se identificaron muros y pavimentos de época moderna, así como restos humanos pertenecientes a la necrópolis de San Saturnino.

cimentación de la torre descendía muy por debajo del nivel de terraza, con un arco ciego que evidencia la existencia de un foso (fig. 34).

Como a continuación se verá, en la reurbanización de la calle Nueva se pudo documentar perfectamente que, en el tramo entre la calle San Saturnino y la plaza de San Francisco, la muralla de San Cernin se sitúa bajo la cimentación de los portales impares de dicha calle, por lo que los restos de la torre localizados en el hotel quedan evidentemente dentro del burgo de San Cernin y no en la Población como ha indicado J. J. Martinena en diversas ocasiones³⁵. Es más, se sitúa precisamente en el ángulo de unión entre el chapitel, la Población y el Burgo, ubicación que propone también este autor para localizar la torre Galea.



Figura 34. Hipótesis de trazado del flanco este del burgo de San Cernin.

Los abundantes pleitos entre la Población y el Burgo a cuenta del uso del foso entre ambos, parece indicar que los habitantes de San Nicolás construyeron sus casas contra la barbacana, usando el foso de San Cernin como basurero desde sus viviendas, lo que nos permite pensar que las viviendas del lado de los portales pares de la calle Zapatería, perteneciente a San Nicolás, se encontrarían, en el tramo inicial, construidas contra la barbacana de San Cernin, quedando el foso del burgo precisamente entre la actual calle Nueva y la calle Zapatería.

Al margen de la torre Galea, el frente este es también en el que mayores alzados se conservan de la muralla medieval. En el año 2007 se acometió la reforma de la belena de San Saturnino o Portalapea. En ella tradicionalmente se había identificado la muralla medieval y una torre, sobre la que se levantaban las fachadas traseras de las casas de la calle Jarauta. De forma previa, en el año 2005, se realizaron unos sondeos arqueológicos que confirmaban que, en este espacio, la muralla conservaba un alzado soterrado de más de 4 metros. El proyecto consistió en vaciar el espacio hasta su cota original, recuperando así el alzado de la estructura defensiva y manteniendo el acceso a los edificios desde la calle en la cota actual mediante una pasarela.

La interpretación de las relaciones estratigráficas entre los diferentes elementos de este lienzo de muralla, permite hacer una serie de consideraciones sobre el mismo. En el extremo norte de la belena, es decir, al fondo de la misma, se conserva la construcción

35 Además de ser la hipótesis que baraja en su obra clásica de 1974, también en su artículo en *Diario de Navarra* de 11/09/2017, en el que trata precisamente sobre la ubicación de la torre Galea, afirma de nuevo que el solar del Hotel se situaría dentro de la Población de San Nicolás.

más antigua. Se trata de un lienzo de muralla en el que emplearon sillarejo colocado a soga y trabado con mortero. Lo más significativo es la presencia de hasta siete saeteras, separadas entre sí con distancias de entre 2,20 m y 4 m. Todas ellas presentan deriva interna para mejorar el ángulo de tiro³⁶. Su presencia indica que esta construcción, en origen, daba hacia el exterior del Burgo.

Al noroeste, cerrando la belena, se le adosa un edificio de planta rectangular, con una fábrica de similares características. No queda duda de su finalidad militar y de haber desempeñado funciones marcadamente defensivas puesto que, hacia el flanco noreste, es decir, hacia la Navarrería, se abren saeteras de similares características a las del lienzo anteriormente descrito. Sin embargo, lo que resulta más extraño es que, al acceder a su interior se observa que también tenía saeteras en sus otras tres fachadas, por tanto, en algún momento debió corresponder a un edificio exento, tipo torre.

Al primer lienzo descrito, esta vez por el sureste, se le adosa una torre rectangular de 3,40 m x 3 m. En su construcción emplearon sillarejo colocado a soga, con piezas bien escuadradas y con hiladas regulares. Presenta pequeñas saeteras en las caras este y oeste. Esta torre se construyó para reforzar las defensas ya existentes cuando se levantaron las primeras murallas de San Cernin. Es uno de los elementos defensivos de las fortificaciones medievales de Pamplona mejor conservados. El historiador J. J. Martinena asoció esta torre a la de Johan Caritat, mencionada por las fuentes documentales en el poema de Anelier, siguiendo el catálogo de torres que hace el juglar (vv. 2462-2547).

Sin embargo, la aportación más novedosa de esta intervención ha sido la recuperación y correcta interpretación del paramento que, partiendo desde la torre hacia el sur, sirve como fachada de los edificios actuales y que hasta el momento se había considerado la muralla del burgo. La excavación arqueológica puso al descubierto que dicho muro estaba cimentado sobre una sucesión de arcos irregulares que descendían hasta alcanzar la roca. Este sistema de cimentación, por sí mismo, parecía descartar su uso como muralla a pesar de que en el lienzo se pueden observar aspilleras cegadas. La localización de una línea de muralla adelantada, a modo de barbacana, que, partiendo del ángulo noreste de la torre, enlazaría con el portal de Portalapea, permite deducir que, a pesar de la cimentación en arco, efectivamente se trata de la muralla medieval del Burgo de San Cernin, ya que esta barbacana protegería la muralla de las labores de zapa que pudiera realizar el enemigo. El lienzo adelantado posiblemente fue construido hacia el siglo XIII y formaba parte del doble muro o doble línea de muralla que menciona la documentación del siglo XIV. El muro, con orientación este-oeste presenta una doble camisa de piedra, con sillarejo colocado a soga y trabado con mortero de cal. Las piezas tienen una longitud que oscila entre los 40 y los 60 cm y una anchura entre 20 y 25 cm.

36 La proliferación de saeteras por debajo del nivel de los adarves responde a un perfeccionamiento de los dispositivos de defensa que tiene lugar en las fortificaciones europeas desde finales del siglo XII. La primera mejora y la más extendida, consistió en trazar un acusado derrame inferior para facilitar el tiro deprimido, más de arco que de ballesta, que permitía batir los aproches inmediatos, disminuyendo el espacio muerto.

Por último, cabe destacar que en uno de los estratos correspondiente a los momentos de amortización del uso militar de las murallas del burgo de San Cernin, se recuperaron en un espacio reducido nueve bolaños. Esto es un claro ejemplo de las constantes disputas y de los continuos enfrentamientos bélicos que mantuvieron los habitantes del Burgo con sus vecinos de la Población y de la Navarrería. En algunos casos se trata de piezas bien elaboradas, en otros la urgencia les hizo utilizar sillares toscamente acondicionados para hacer posible su uso como munición arrojadiza, tal y como relata el poema de Anelier (vv. 3915-3925) (figs. 35 y 36).



Figuras 35 y 36. Belena de Portalepea antes y después de la intervención arqueológica.

5.2.2. Flanco sur

El flanco sur de la fortificación del burgo de San Cernin es el que ha sido mejor documentado arqueológicamente. Ya en el año 1992, con la construcción del aparcamiento de San Francisco, se localizó un tramo de 38 metros de muralla, que hoy es parcialmente visible integrado en las rampas del parking (Unzu, 1993-1994) (fig. 37).



Figura 37. Muralla en la plaza San Francisco.

Durante las obras de reurbanización del Casco Antiguo, en la calle Nueva la muralla del Burgo fue localizada en numerosos tramos³⁷. En su mayoría, fueron detectados al realizar las acometidas laterales que conectaban la galería de servicios con los edificios. El alzado conservado de

37 En el primer tramo de la calle, entre la intersección con la calle San Saturnino y la plaza San Francisco, se detectaron restos de la muralla en las acometidas correspondientes a los portales: 9, 11, 15, 17, 21, 23, 25, 27, 29/31, 31/33, 35/37, 47, 51/53, 55. En el segundo tramo, entre la plaza de San Francisco y la intersección con la calle Taconera, la muralla se localizó entre los portales 28 bis y 30, y en las acometidas 2, 3, 6, 19, 31, 33, 34 y 35.

la muralla superaba, en todos los casos, los 2 m. Se han podido documentar algunas características tanto de su técnica constructiva como de su trazado. Tenía una anchura media en su coronación de $\pm 1,50$ m; la fábrica era de sillarejo, con una doble camisa de piedra trabada con mortero de cal y un núcleo interior con relleno de cal y canto. Las piezas son regulares $-0,40$ m de longitud por $0,20$ de anchura-, dispuestas a soga. Los lienzos descienden en vertical, apreciándose un ensanchamiento en el inicio de las cimentaciones (fig. 38).



Figura 38. Muralla en una de las acometidas de la calle Nueva.

En cuatro ocasiones –acometidas de los portales 17, 21, 35/37 y 28bis– se detectaron anomalías en el trazado lineal de la muralla, que consistían en la presencia de ángulos de 90° o en un aumento considerable en el espesor de los muros. Esto podría deberse a la presencia en estos puntos de torres y/o puertas de acceso. En la reconstrucción del trazado de las murallas de los burgos medievales, el historiador J. J. Martinena, dibuja en este flanco un trazado de ± 400 m en los que únicamente indica la existencia de una puerta situada en el centro de la actual calle Nueva, defendida por dos torres, y otras dos torres, una al inicio y otra al final de la rúa (Martinena, 1974, p. 65). Sin embargo, y a pesar de que no exista documentación, la lógica invita a pensar que en este flanco el lienzo de muralla, como en el resto, estaría jalonado de torres defensivas.

Al margen de la muralla, también se documentó, tanto el foso o valladar que separaba los recintos defensivos de San Nicolás y San Cernin. Dicho foso fue amortizado a finales del siglo XVI. En 1582 el virrey de Navarra, marqués de Almazán, dio la orden de convertir el antiguo foso en una vía, que terminó tomando el nombre de calle Nueva. En los estratos de amortización del foso se han recuperado materiales de época medieval y moderna. Se han documentado tanto recipientes de cocina y de mesa fechados en los siglos XIII-XV, entre los que destaca la presencia de fragmentos de jarras vidriadas con decoración de apliques circulares, como recipientes de cocina y de mesa fechados en el siglo XVI, siendo significativa la presencia de fragmentos de escudillas y cuencos de loza dorada y de series en azul, procedentes de los alfares de Muel.

La identificación y estudio de los tramos de la muralla y del foso en la calle Nueva han permitido trazar su perímetro con precisión, obligando a modificar la hipótesis de J. J. Martinena sobre el trazado de la misma, que hasta ahora había sido comúnmente aceptada. Efectivamente, tal y como propone Martinena, desde la calle Taconera y hasta la plaza San Francisco, la calle Nueva era una zona de foso que separaba las dos murallas de la Población y San Cernin. Así como la muralla de San Cernin se pudo documentar formando parte de las cimentaciones de las casas de ese lado del Burgo, la de San Nicolás debía encontrarse algo más interior, ya que las fachadas de las casas no están cimentadas sobre la misma.

Sin embargo, a partir de la plaza del Consejo, la muralla va virando ligeramente hacia el sur hasta situarse bajo las casas que actualmente pertenecen al burgo de San Nicolás³⁸. Así mismo, desde este punto y hasta la calle San Saturnino, el foso desaparece, localizándose en su lugar antiguas viviendas medievales que nos indican que nos encontramos en un área intramuros, perteneciente al burgo de San Cernin. Por tanto, el recinto amurallado del Burgo se encuentra desplazado varios metros al sur. El foso, a partir de este punto se situó bajo la actual línea de casas entre las calles Nueva y Zapatería, como hemos indicado más arriba (fig. 39).



Figura 39. Plano de las murallas según Martinena en tono claro. En tono oscuro, los tramos identificados arqueológicamente.

Por último, en el transcurso de la excavación de un buzón de la recogida neumática de residuos, también en la calle Nueva, se localizó en ángulo SO de una de las torres que cerraban el recinto medieval del burgo de San Cernin. Esta estructura debía corresponder con la llamada torre del Rey, cuya primera referencia documental conocida data de 1222 y que se situaba en este lugar. Este edificio, que a lo largo del siglo XIV sufrió sucesivas reformas, estuvo en uso durante el siglo XV como ceca y Cámara de Comptos hasta 1524, cuando esta fue trasladada a un viejo edificio de la calle Tendecerías, al donar Carlos V la antigua torre del Rey a los frailes de San Francisco para acrecentar el monasterio. En el siglo XVII todavía se apreciaban restos de esta torre en la iglesia del convento de San Francisco que se derrumbó en 1841. En 1786 se derribaron parte de los muros que quedaban de este torreón próximos al palacio del Marqués de Vessolla para ensanchar la calle Nueva (Arazuri, 1979, t. II, p. 265).

La cimentación de la torre mantiene características similares a las documentadas en distintos puntos de la muralla de la calle Nueva y en otras intervenciones realizadas en el burgo de San Cernin. Tiene una anchura media en su coronación de $\pm 1,50$ m y conserva una altura máxima de 2,40 m.

Para realizar la conexión del buzón con la galería de servicios fue necesario realizar una zanja de 1,70 m de ancho y una profundidad de 4 metros. Durante la excavación de esta zanja se localizó un nuevo tramo de 4,50 metros de muralla. Esta también mantiene características similares a las documentadas en distintos puntos de la muralla de San Cernin. Tiene una anchura media en su coronación de $\pm 1,30$ m. La fábrica es de

38 Este aspecto es a día de hoy fácilmente comprobable si uno se sitúa sobre la muralla que se localiza en las rampas del aparcamiento y observará claramente cómo la dirección del trazado se desvía hacia las casas del lado de San Nicolás.

sillarejo, con una doble camisa de piedra trabada con mortero de cal y un núcleo interior con relleno de cal y canto. Las piezas son regulares con módulos de 20 x 30 cm y 20 x 50 cm, dispuestas a soga. Los lienzos descienden en vertical, apreciándose un ensanchamiento en el inicio de las cimentaciones. Los alzados conservados, en este tramo de la calle Nueva, superan los 3,80 m en 20 hiladas. La muralla tiene dos escalonamientos, el primero a una cota de -2,80 m desde la actual calzada, y el segundo a -4,10 m. Parece que a partir del primer escalón la argamasa se ha perdido, o quizá los sillares se colocaron a canto seco para facilitar la filtración de agua. El lienzo de muralla conservado se adapta al perfil de la contraescarpa del foso, evidenciando que se trata de una obra posterior a la excavación del mismo (fig. 40).

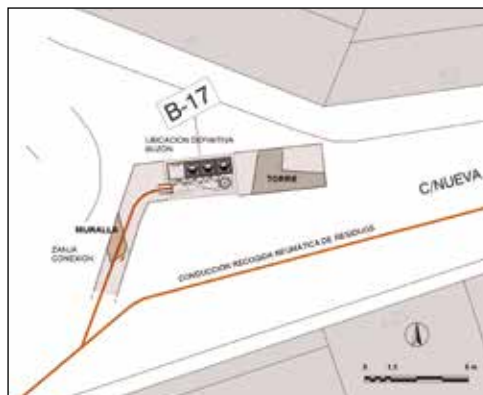


Figura 40. Plano de situación de la torre y el lienzo perpendicular.

En la parte superior se conserva un arbolón o conducción de agua de 1,5 m de altura por 0,30 cm de ancho, que presenta similitudes con las localizadas en el Rincón de la Aduana y en la avenida San Ignacio en sendos tramos de muralla medieval. Esta conducción serviría para desaguar el foso al recinto exterior.

Un documento de 1251 confirma la existencia de un muro que unía los extremos de los recintos fortificados del Burgo y de La Población, partiendo desde la torre del Rey hasta la torre de María Delgada: «la paret trauessana de peyra que se tiene con la torr de María Delgada». El documento detalla además que este muro contaba con un arbolón que evacuaba las aguas pluviales y residuales desde el foso interior intramuros al foso exterior de la ciudad (Martinena, 1974, pp. 272-273). Por tanto, gracias a las características propias de la fábrica medieval de este paramento y su arbolón, identificamos este muro con el muro de cierre entre los dos recintos reseñado desde el siglo XIII, y cuyo objetivo sería mantener el nivel de agua en el «foso del Burgo». Apuntala esta hipótesis el hecho de haber localizado a escasos metros hacia el oeste el muro del XVI que unía los tres recintos en uno solo. Se pudo documentar cómo su fábrica y factura son bien diversas respecto de la medieval. Por último, es interesante destacar el hecho de haber localizado un arbolón que indica que el foso del Burgo era un foso húmedo desde el momento de su creación en el siglo XII (fig. 41).

5.2.3 Flanco oeste

El seguimiento arqueológico realizado en el aparcamiento del Rincón de la Aduana en 1997, permitió recuperar una estructura muraria de 91 m de longitud que discurría en dirección norte-sur con dos tramos bien diferenciados. La muralla corresponde al lienzo oeste del recinto amurallado del burgo de San Cernin, comprendido entre la torre de San Lorenzo y la de María Delgada.

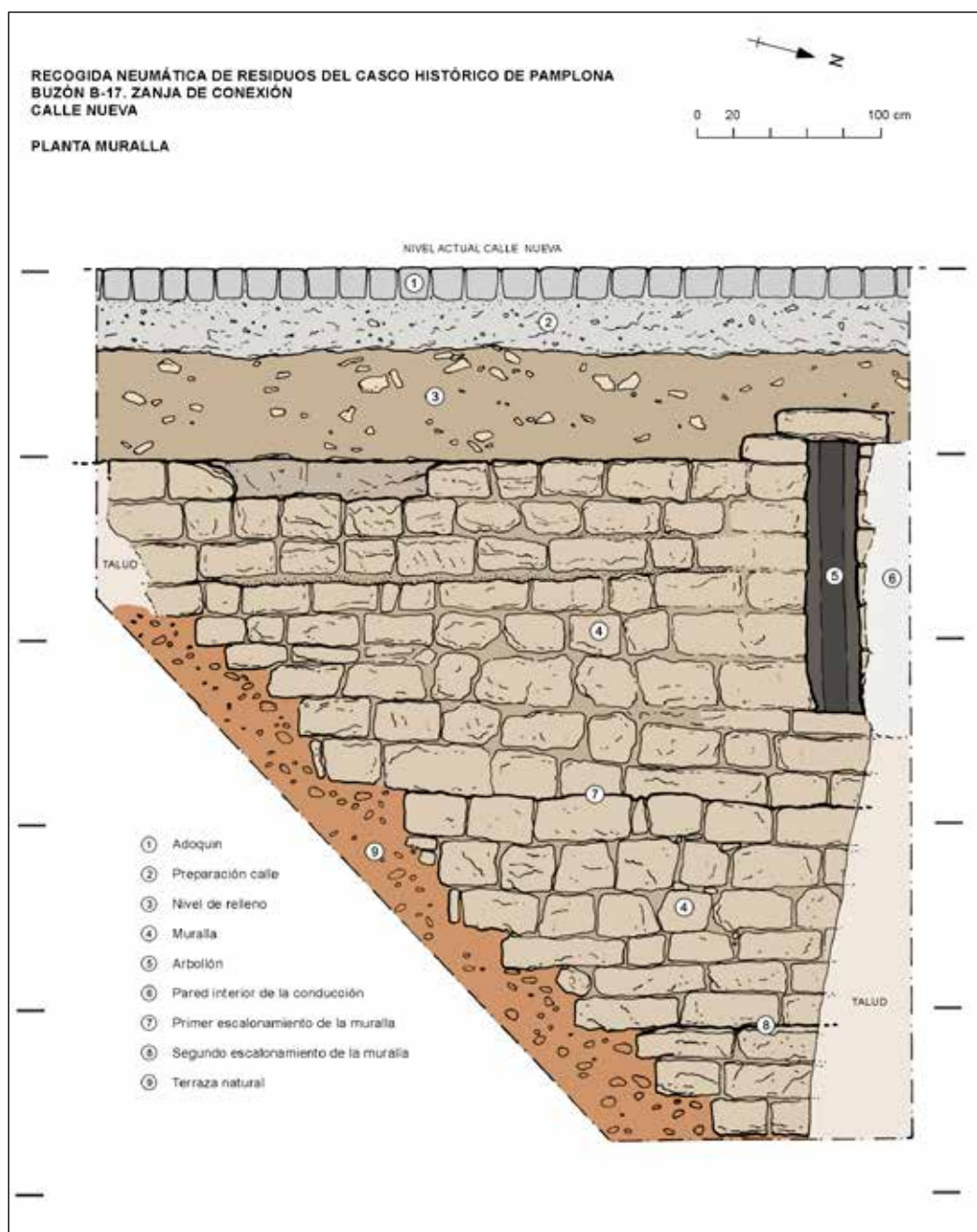


Figura 41. Detalle alzado del lienzo de cierre del foso.

En el primer tramo, de 70 metros, la muralla se adosaba a una estructura que se identificó como una torre, atravesada por un gran arbolón, y cuyo registro no se pudo completar al quedar fuera de los límites de la excavación. La muralla tenía una anchura de 2,90 metros y su aparejo era inconfundiblemente medieval. Esta estructura se identifica

con el muro externo del doble recinto amurallado que la documentación sitúa en esta zona (Martinena, 1974, p. 274). Esta hipótesis viene confirmada por la localización, en el extremo este de la excavación, de un nuevo lienzo de muralla, de aparejo también medieval, del que se conservaban 3 hiladas de cimentación y sobre el que se levanta la tapia que hoy cierra el convento de las Salesas. La estructura medieval sobresale un metro de la tapia actual y, al alcanzar la altura de la casa del marqués de Vesolla, gira hacia la calle Nueva (fig. 42).

Solapado al lienzo de muralla de 70 metros, se documentó otro posterior en un tramo de 21 metros, que dibujaba un quiebro hacia el SO. Se trata de un tramo de la muralla del XVI, que debía modificar la dirección de la medieval para poder enlazar con el bastión de San Antón. Se confirmó por tanto la reutilización de lienzos medievales como parte del nuevo recinto defensivo realizado en el siglo XVI (fig. 43).

5.2.4. Flanco norte

El lienzo medieval en el flanco norte de San Cernin, se documentó en calle Descalzos. Al realizarse la obra para construir el ascensor, se pudo identificar la muralla medieval, como en el caso anterior, reutilizada formando parte de la camisa interna de la muralla del siglo XVI.

El aparejo empleado, al igual que en otros puntos del recinto, está realizado con sillarejo de piedra calcarenita dispuesto a soga y trabado con mortero (fig. 44).

5.3. La población de San Nicolás

Es la cerca medieval de la que poseemos menor número de hallazgos. De hecho, hasta fechas muy recientes, nunca se habían localizado restos de paramentos de la muralla de San Nicolás. Fue en 2016, precisamente en la sacristía de su iglesia parroquial, donde se



Figura 42. Lienzo de muralla localizado en el parking del Rincón de la Aduana.



Figura 43. Detalle del encuentro entre la muralla medieval y la del siglo XVI.



Figura 44. Muralla medieval trasdosando la muralla renacentista en la calle Descalzos.

documentó el primer tramo de muralla medieval. Con motivo de las obras para la realización de un ascensor en la citada dependencia, al retirar el revoque de la pared norte de la estancia donde se encontraba la escalera de la sacristía, quedó al descubierto un muro de sillería que se elevaba hasta la altura del tercer piso. La sillería estaba formada por bloques escuadrados de calcarenita local con un formato de 15/20 por 30/40 cm, trabados con mortero de cal, presentando idéntico aspecto a otras construcciones defensivas medievales de la ciudad.

La aparición de una aspillera o saetera en dicho lienzo, no deja lugar a dudas sobre el carácter defensivo de este paramento. No podemos aseverar si se trata de la muralla de la Población de San Nicolás –debido a que nunca ha aparecido tramo alguno de esta estructura–, o si se trata del antiguo límite norte de la iglesia. Probablemente ambas afirmaciones sean ciertas, puesto que el templo de San Nicolás era una iglesia-fortaleza, como demuestra la torre parcialmente conservada y los alzados de su muro sur (fig. 45).

El segundo tramo de muralla identificado corresponde al muro de fachada del edificio situado en la plaza del Castillo n.º 29, y que fue objeto de intervención



Figura 45. Detalle de la aspillera en el muro de la iglesia de San Nicolás.

arqueológica el año 2017. El muro de fachada está realizado en piedra con sillarejos de gran porte de piedra calcarenita bien escuadrados, de características también similares a otros tramos de muralla. El muro conservaba además un arco de cimentación de nuevo muy similar a los localizados en la belena de Portalapea o en la identificada como torre Galea (fig. 46).

Por otro lado, en el capítulo 68 del poema de Anelier (2003) se hace referencia al muro de San Nicolás, ya que desde allí se azuzan las llamas para hacer arder Çuriburu³⁹. Más explícitos son los capítulos 83 y 84 en los que se hace referencia al «muro nuevo de San Nicolás» y a los intentos de minarlo por parte de los de la Navarrería⁴⁰. Esta última referencia a la muralla como «muro nuevo», indica que su construcción sería relativamente reciente en 1276. Dato que ha sido corroborado por los materiales arqueológicos recuperados en la zanja de cimentación de la muralla, puesto que se trata de cerámicas vidriadas que efectivamente sitúan la edificación del mismo en el entorno del siglo XIII.

Por otro lado, en las obras del aparcamiento de la plaza del Castillo, así como en las obras de la recogida neumática de basuras, se excavaron sendos tramos del foso de San Nicolás, precisamente frente al solar en el que se identifica el lienzo de muralla. También en esta área frente al solar que nos ocupa, se localizaron una serie de edificios levantados sobre los terrenos del foso que se identificaron con el barrio de Çurriburu. En 1366 Carlos II ordenó cerrar y fortificar la Navarrería. Çurriburu se convirtió en

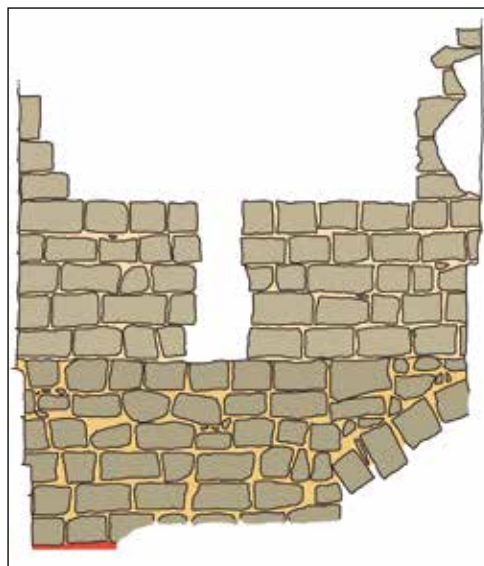


Figura 46. Muralla en la plaza del Castillo.

39 «En la Población, cuando vieron elevarse el fuego, subieron a las murallas con antorchas y gritando, con boj y azufre para que prendiera más rápidamente, y en Sorriburbu dieron fuego».

40 «La Navarrería planea minar el muro nuevo de San Nicolás. [...] En total secreto cavaremos bajo tierra, hasta el muro nuevo, y lo minaremos; y cuando lo hayamos hecho, rellenaremos el muro, y después todos juntos nos volveremos escudados, prenderemos fuego debajo y lo derribaremos; daremos por la villa combatiendo y con fuego y llamas se la quitaremos [...]. Entonces Eustache le dijo: “Maestro Bertrán, en la Navarrería dicen que minarán y derribarán el muro de la Población, y después que le prenderán fuego y que la quemarán” [...]. Al mismo tiempo hizo traer madera y vigas traviesas, y entre la Galea y el portal fortificado empezó a minar, y así fue trabajando hasta que salió cavando directamente dentro de Çurriburu».

un peligro evidente para los habitantes de la Población en caso de nuevas confrontaciones, por ello presionaron al rey, hasta que en 1368 fue ordenada su destrucción (Martínez, 1974, pp. 80-89) (fig. 47).

Finalmente, en el año 2018, se realizaron dos sondeos en el número 4 de la calle Taconera, donde también se han localizado dos tramos del flanco oeste de la fortificación de San Nicolás.

En concreto se localizó un tramo de muralla de 135 cm de ancho, formado por doble camisa de sillarejo de calcaranita y un núcleo de mortero de cal y arena y cantos de río. El muro tiene una orientación norte-sur, proveniente de la calle Nueva y en la zona del sondeo 1, presenta un ángulo de 90 ° en dirección oeste, en lo que posiblemente sea en arranque de una torre o bestorre (fig. 48).

Por su dirección y fábrica, debemos asociarlo al muro de cierre del foso del Burgo que más arriba ha sido descrito. En concreto se trataría del enlace del mismo con la cerca de San Nicolás precisamente a la altura de una torre, que parece intuirse en el cambio de dirección de la estructura. Haciendo caso a la documentación histórica, podría tratarse de la torre de María Delgada, situada en esta parte de la ciudad y con la que precisamente unía el muro del foso del Burgo que venía desde la torre del Rey, como ya se ha comentado (Martínez, 1974, pp. 272-273). En el sondeo 2 también se pudo documentar un nuevo tramo de muralla de 1,61 m de anchura y que participaba de las mismas características constructivas que el anterior y que fue desmantelada hasta sus cimientos en el siglo XVI (fig. 49).



Figura 47. Viviendas de Çurriburu.



Figura 48. Muralla en sondeo 1.



Figura 49. Hipótesis de trazado frente oeste.

6. EL RECINTO DEL SIGLO XVI

6.1. El castillo de Santiago

Tras el Privilegio de la Unión otorgado por Carlos III el Noble en 1423, se debían haber derribado las murallas internas de los burgos, sin embargo, la documentación confirma la pervivencia de gran parte de las mismas durante todo el siglo XVI, que sufrirían únicamente algunos derribos parciales.

Fernando el Católico deseaba convertir a Pamplona en una plaza fuerte fortificada que asegurara el dominio del territorio. Por ello, tras la conquista de Navarra, en 1512, mandó construir un nuevo castillo que sustituyese al levantado por Luis el Hutín en 1308 que había quedado obsoleto y ubicado intramuros.

En 1513 se comienza a edificar el castillo de Santiago. Se situaba en el espacio comprendido entre la actual avenida de Carlos III y el convento de los Redentoristas, en los terrenos que ocupaba el convento de Santiago del que tomó el nombre. Su construcción fue encomendada a Pedro Malpaso, que lo proyectó como un ejemplar muy representativo del tipo de castillo artillero de transición entre medieval y renacentista (Martinena, 1994, p. 106).

Malpaso se inspiró en la fortaleza de Salses (Rosellón), en cuya construcción había trabajado, para proyectar el de Pamplona. Se conoce su apariencia gracias a los dibujos del capitán Luis Pizaño (1548)⁴¹. Víctor Echarri (2000, pp. 90-91) hace una precisa descripción del castillo:

Se diseñó de planta cuadrada con cubos redondos en sus esquinas, dos de ellos situados en la línea del recinto, de modo que tres de sus lienzos daban al exterior y uno al interior; contaba con foso húmedo y puente levadizo, accesible desde el interior de la plaza. [...] sus muros serán más bajos y gruesos que los medievales, y estarán reforzados en su parte inferior con un talud; al parecer, perpendicularmente a los muros se dispondrán bóvedas transversales, que permitirían abrir traveses o cañoneras a mitad de altura, como existían de hecho en el castillo, y facilitarían conseguir en su coronación un andén de suficiente amplitud; las torres cilíndricas se ataluzarán también describiendo una superficie cónica en su contacto con el foso húmedo, las coronaciones de muros y torres se adivinan muy gruesas, y tienen sus pretilos inclinados para evitar los desprendimientos causados por los impactos del exterior, y facilitar la pendiente para apoyar bocas de fuego de artillería o fusilería. En las torres de los ángulos y en el centro de los muros cuelgan garitones o escaraguaitas» (fig. 50).

41 AGS, MP y D., XIII-41.

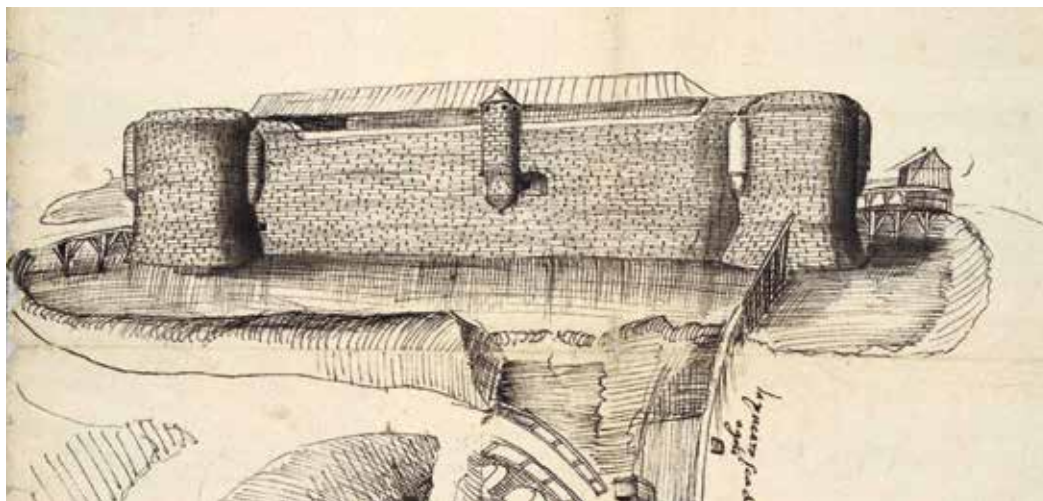


Figura 50. Castillo de Santiago según Pizaño (1548).

En su construcción se emplearon materiales del viejo castillo de Luis Hutín y también se aprovecharon algunas construcciones del monasterio de Santiago, de los frailes predicadores, que fueron debidamente recompensados por la Real Hacienda. Del mismo modo, se empleó piedra traída de las canteras de Ezcaba y Muro. La cal empleada procedía de Echauri, Vidaurreta y Tiebas.

Como decimos, las obras se iniciaron en agosto de 1513, abriendo los cimientos y los fosos, en 1515 estaban muy avanzadas y para 1518 ya contaba con una guarnición. Pero el ataque francés de 1521 puso en duda la eficacia defensiva del castillo tras los últimos avances de la artillería. Es en esta época cuando se inician las soluciones abaluartadas que transformarán la ciencia de la fortificación. A partir de ese momento se realizaron diversos informes sobre la situación de las fortificaciones de Pamplona y se determinó construir una nueva. Aunque se consideraba necesario mantener el castillo en pie hasta que la nueva construcción estuviese levantada, desde 1587 ya se utilizaba su piedra para la ciudadela, habiendo desaparecido casi en su totalidad en el siglo XVII.

En el desarrollo de la intervención arqueológica realizada para la construcción del aparcamiento subterráneo de la Avda. Carlos III con la Avda. Roncesvalles en el año 2005, se identificó parte de la escarpa, el foso y la contraescarpa del castillo de Fernando el Católico. Aquella intervención fue objeto de un trabajo monográfico publicado en esta misma revista en el año 2012, como una aportación más a los diversos actos conmemorativos que tuvieron lugar aquel año en Navarra (García-Barberena y Unzu, 2012)⁴².

42 Por ello en estas líneas, por motivos evidentes de espacio, y como con el resto de estructuras descritas, se realizará una somera reseña, remitiéndonos a nuestro trabajo anterior para una descripción más detallada.

Se documentó un tramo de muro de 9,5 metros de longitud en el ángulo noroeste de la excavación. El paramento continuaba más allá de los límites de la intervención arqueológica, y llevaba dirección noroeste-sureste. A pesar de esto, la localización de un cambio de dirección del foso para adaptarse al trazado del frente sur del castillo resulta de gran interés, porque indica que los restos del torreón que defendería el ángulo suroccidental del castillo se encuentran situados debajo de la manzana de los portales n.ºs 2 y 4 de la avenida Carlos III, lo que nos permite dimensionar el castillo. El tramo de muro localizado corresponde a la escarpa del lienzo oriental de la fortaleza. Únicamente se conservan dos hiladas, ya que los muros del castillo fueron desmantelados y la piedra reutilizada en las nuevas construcciones defensivas de Pamplona, la Ciudadela y el baluarte de la Reina, que se desarrollarán a partir del último cuarto del siglo XVI. El aparejo era muy cuidado con las piezas colocadas a soga y trabadas con mortero de gran tenacidad. No emplearon ripio para mantener la horizontalidad de las hiladas, la calidad de los sillares utilizados no hizo necesario este recurso, bastó con aumentar o disminuir ligeramente la carga de mortero para mantener la rasante establecida. La contraescarpa sería ataluzada, aunque al quedar tan poca altura prácticamente no se aprecia (fig. 51).



Figura 51. Vista general de las estructuras del castillo de Santiago.

El foso o cava era una zanja ancha y profunda que precedía a la muralla, protegiéndola de la zapa y dificultando la aproximación de la tormentaria y la infantería. Se trata de un foso húmedo que en la base tenía una anchura de doce metros, unas dimensiones que aumentaban considerablemente en su coronación hasta sobrepasar los veinte metros, ya que tanto la escarpa como la contraescarpa descendían en talud. La profundidad aproximada del foso pudo ser de siete metros y, una vez el castillo fue desmantelado, el área que ocupaba quedó como una gran depresión que se refleja en la documentación cartográfica

de los siglos XVII y XVIII, debido a que el proceso de colmatación del mismo fue lento (fig. 52). Durante los siglos XVII-XIX el hueco dejado por el castillo y su foso, fue usado como vertedero colmatándose paulatinamente con unos rellenos muy poco consistentes. El estudio de materiales asociado a la estratigrafía del foso permitió documentar perfectamente los diferentes momentos de colmatación del mismo: los años de uso del castillo, caracterizado por la conservación de materia orgánica gracias a las condiciones anaeróbicas propias de un foso húmedo;

el desmantelamiento de la estructura, identificado por la gran acumulación de piedra y arena que no fue reutilizada; y los diversos aportes, en formas de tongadas, vertidos entre los siglos XVII y XIX. La densidad de objetos acumulados en la estratigrafía del foso fue elevada, precisamente por su uso como vertedero. Del siglo XVI se han recuperado un alto número de platos y escudillas de orejetas de reflejo metálico procedentes de los alfares de Muel. Entre las vasijas destinadas al servicio y la presentación de alimentos destacan, por su elevado porcentaje, los fragmentos con barniz estannífero y decoración monocroma en azul con óxido de cobalto. Las formas más comunes son platos, fuentes, escudillas, jícara, pequeñas jarras de una sola asa y cuencos y orzas.

Al período comprendido entre los siglos XVII y XVIII corresponden el mayor número de piezas clasificadas. Destaca la presencia de varios fragmentos de platos, escudillas y jícara que siguen los modelos de la «serie tricolor» talaverana, en el que se combinan azules claros, negros y naranjas. A este mismo período pertenecen diferentes vasijas con series decorativas en azul. Las composiciones son naturalistas, representando motivos florales, ramos, guirnalda, cenefas, etc. Entre las más modernas se detecta una clara influencia francesa, incluso es probable que algunas de las vasijas catalogadas provengan de alfares situados al otro lado de los Pirineos. Son frecuentes los recipientes decorados con orlas de puntillas y con motivos vegetales. Estas técnicas decorativas se introdujeron en la península a partir del segundo cuarto del siglo XVIII, siendo la fábrica de Alcora su centro productor por excelencia. Siguió modelos franceses, inspirados a su vez en la porcelana china. A partir del segundo tercio del siglo XIX estas producciones se vieron desplazadas por las procedentes de las fábricas de loza inglesa (fig. 53).

En la parte central del foso existía un pequeño canal o fosillo central, de un metro de anchura, cuya misión podría ser la de facilitar la limpieza de la cava y el desalojo del agua durante este proceso. Asociado al foso se localizó un muro que descendía desde la contraescarpa hacia la parte central de la cava, dispuesto transversalmente a la dirección del foso con una orientación sureste-noroeste. El paramento localizado tenía 15,5 m de longitud llegando hasta las inmediaciones del fosillo. Interpretamos esta estructura como un dique cuya finalidad era mantener en todo el perímetro el nivel de las aguas, evitando que quedaran zonas secas.



Figura 52. Plano de 1719 en el que se aprecia la depresión dejada por el castillo.

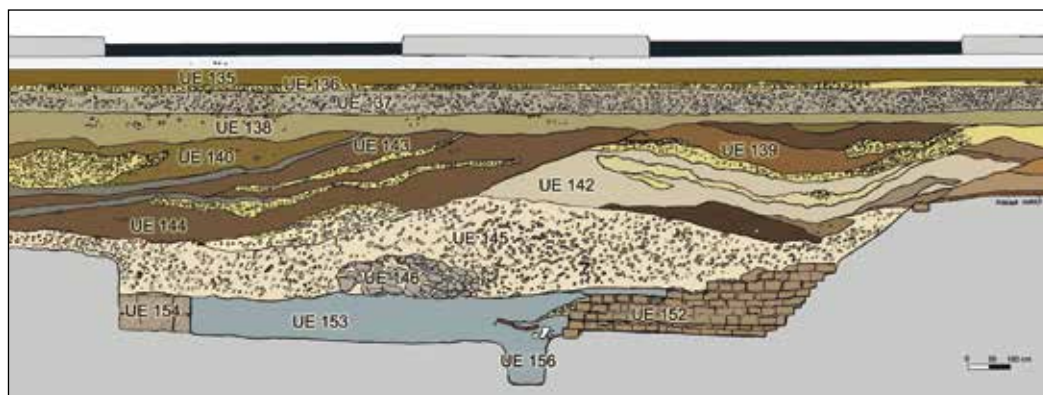


Figura 53. Estratigrafía del relleno del foso del castillo.

La contraescarpa tenía la función de delimitar el foso y dificultar la aproximación de las tropas asaltantes a través de minas subterráneas. No fue revestida con una camisa de piedra, dato lógico si tenemos en cuenta que el castillo disponía de un foso húmedo y que las labores de zapa ya quedaban obstaculizadas por el agua de la cava. La contraescarpa discurría en paralelo a la escarpa del castillo y descendía en talud, formando un ángulo de 41° , con un porcentaje aproximado del 85 %.

La intervención arqueológica llevada a cabo en el aparcamiento subterráneo de la avenida de Carlos III no ha sido la única excavación en la que se han localizado estructuras defensivas asociadas al castillo de Fernando el Católico. Una intervención anterior ya nos había permitido conocer elementos defensivos relacionados con este castillo. En 2003, se procedió a realizar la excavación necesaria para habilitar la rampa de acceso del aparcamiento de la plaza del Castillo por la avenida de San Ignacio. En dicha intervención, además de documentarse



Figura 54. Torre en avenida San Ignacio.

parte del foso oeste y del foso norte que protegía al castillo, se localizó parte de una estructura de planta cuadrangular. En algunas zonas mantenía un alzado máximo de 1,5 m hasta el inicio de las cimentaciones. La fábrica era de sillería bien labrada recibida con mortero de cal. Se trataba de una estructura defensiva, tipo torre, construida durante el siglo XVI y relacionada con el castillo de Santiago y con el perímetro fortificado que defendía la ciudad. En la excavación se pudo apreciar cómo esta torre enlazaba con la cortina interna de la muralla del frente de San Nicolás. La muralla tenía una anchura de tres metros y conservaba un alzado máximo de 1,60 m. Estaba construida con doble camisa de sillería y un cuerpo central de cascajo trabado con mortero de cal. El aparejo isódomo muestra una labra más esmerada en la camisa exterior (fig. 54).

La documentación cartográfica, en concreto un plano del recinto fortificado fechado en 1608, muestra cómo para adaptar el antiguo recinto fortificado de San Nicolás a las nuevas necesidades, se realizó un brusco giro del lienzo de muralla que discurría en dirección este-oeste desde la torre de la Tripería, hacia una orientación sureste-noroeste, para poder conectar la antigua cerca con el nuevo castillo de Fernando el Católico, que se situaba en una posición adelantada respecto de la ciudad. Identificamos la torre y el tramo de muralla localizados con la torre que se dibuja en el plano enfrentada a la del castillo, defendiendo ambas una entrada al recinto amurallado (fig. 55).

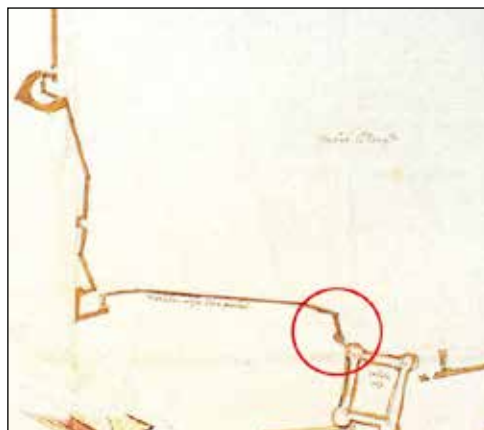


Figura 55. Plano de 1608.

6.2. Los nuevos bastiones

Como hemos dicho, el castillo de Santiago quedó obsoleto en poco menos de una década ya que en esta época se inician las soluciones abaluartadas que transformarán la ciencia de la fortificación. Poco antes de la incursión francesa de 1521, en Pamplona ya se habían comenzado a construir cuatro pequeños bastiones en los cuatro ángulos del recinto, que alojaban artillería y asomaban lo suficiente como para poder batir cada una de sus fachadas.

La llegada de Carlos V al poder supuso un mayor control de las construcciones amuralladas por parte de la corona. A esto debemos añadir la constante preocupación del monarca por reforzar la frontera con Francia, su principal enemigo. Se destinaron importantes dotaciones económicas y personal cualificado para convertir a Pamplona en una ciudad con un sistema defensivo acorde con las necesidades de la corona. De hecho, a partir de ese momento la historia de las defensas de esta ciudad es una historia de continuos proyectos revolucionarios en materia poliorcética y que, sin embargo, una vez concluidos quedaron muy pronto anticuados y obsoletos, siendo destruidos y sustituidos por unos nuevos. Estos proyectos se centraron con mayor fuerza en los flancos sur y oeste de la ciudad, más desprotegidos que las vertientes norte y este en las que la defensa natural queda favorecida por la situación geográfica de la urbe, localizada sobre una terraza del río Arga (fig. 56).

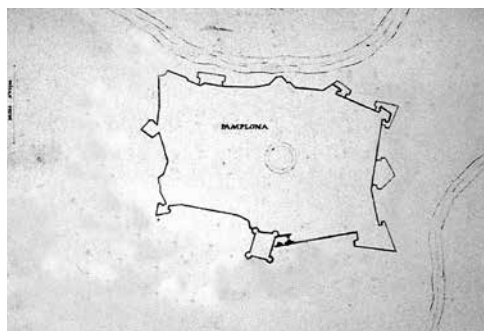


Figura 56. Plano de 1590 con los nuevos bastiones.

6.2.1. El bastión de San Antón

Tras la ofensiva de las tropas francesas en 1521, se adoptaron medidas de urgencia y se pusieron en marcha distintos proyectos. Primero fue el ingeniero Benedicto de Rávena quien intentó resolver de manera inmediata los problemas más acuciantes y posteriormente Luis Pizaño quien acometió el último intento serio de acondicionar el viejo trazado del recinto medieval, que se manifestaba ya inoperante. Entre las reformas emprendidas por este ingeniero consta la construcción de un bastión en el ángulo SO de la ciudad, que hasta la fecha se encontraba defendido por la torre Redonda. Esta nueva estructura se denominó baluarte de San Antón, por la proximidad espacial a los terrenos que los antonianos tenían en Pamplona, nombre que también sería el designado posteriormente para uno de los bastiones de la fortaleza de Felipe II. El bastión estaba concebido para albergar a su alrededor un foso con agua y su construcción debía estar ya terminada o al menos muy avanzada en 1548 (Echarri, 2000, p. 104).

El inicio, pocos años más tarde, de la construcción de la Ciudadela, marcó el final del viejo recinto amurallado, y en concreto del bastión de San Antón, que fue desmantelado hacia el año 1600. En opinión de Tiburcio Spannochi los muros de la moderna fortaleza quedaban bajos y podrían ser atacados desde la ciudad. Por ello se procedió a desmantelar el recinto antiguo desde el castillo de Santiago hasta el bastión de Santa Engracia (Echarri, 2000, p. 156).

La estructura del bastión de San Antón se localizó durante la excavación de la obra del Palacio de Congresos, apareciendo en el talud del perímetro de la obra. Al encontrarse la excavación del solar muy avanzada, a unos 12 metros de profundidad, fue necesaria la ayuda de una grúa que alzara una barquilla desde la que se pudieran realizar los trabajos de registro arqueológico.

Únicamente se conserva la base del bastión, en un alzado que en su punto máximo alcanza los 2,5 metros. Al desmantelamiento sufrido en el año 1600 ha de unirse la afección producida por los cimientos de uno de los barracones militares del Cuartel de Infantería Marqués de Duero, construidos en los primeros años del siglo XX (fig. 57).



Figura 57. Bastión de San Antón.

Sorprende su remate redondeado de sillería de caliza bien labrada, ya que siempre se había representado con vértice apuntado. El tamaño medio de los sillares es de 70 x 30 cm. Lo más destacable del hallazgo es una placa conmemorativa, cuyas dimensiones son 1 x 0,67 x 0,15. Su superficie aparece esculpida con caracteres capitales, cincelados mediante talla a bisel. La placa no se aprecia en su totalidad, quedando ocultos por el hormigón del pilotaje al menos 10 cm en su lado derecho. La lectura de la inscripción nos habla de que este

bastión ya era completamente operativo entre 1553-1556 período en el que todavía reinaba Carlos V y era virrey el duque de Alburquerque (fig. 58).

6.2.2. *El bastión de Santa Engracia*

A este mismo impulso de modernización del recinto fortificado medieval, llevado a cabo por Pizaño responde la construcción del bastión de Santa Engracia, también llamado de Juan Rena.

Como ya se ha apuntado, el proyecto contemplaba la construcción de baluartes en los puntos de defensa más destacados de la ciudad, con el fin de dotar a la plaza de una mayor capacidad defensiva. Este era el caso del vértice sureste, que hasta esas fechas estaba defendido por la torre de la Teyllera. El bastión sobresalía en gran medida del antiguo recinto. Como el de San Antón, estaba ideado para albergar cuatro piezas de artillería, si bien, no se sabe si llegó a tenerlas.

En 1575, al acometerse las obras de construcción del baluarte de Gonzaga, fue desmantelado y quedó al interior de la nueva línea de muralla. En el desarrollo del seguimiento arqueológico a las obras de la Avda. Guipúzcoa en el año 2009, se localizaron estructuras que formaban parte del vértice de esta construcción y que coincidieron especialmente con el lugar elegido para ubicar el Portal Nuevo. Se trata de dos muros de 1,25 m de anchura, que se encuentran trabados y describen un ángulo agudo de 55°. En la excavación se descendió un máximo de 1,50 m, documentando 6 hiladas de los muros, sin llegar a la base de la estructura. Presentan una doble camisa de piedra y un núcleo interno compuesto por cantos y piedras irregulares trabadas con mortero de cal. La factura de estos muros es similar a la del bastión de San Antón (fig. 59).

6.2.3 *Baluarte de San Lorenzo*

Con las reformas emprendidas en el segundo tercio del siglo XVI, también se reforzó la puerta de San Llorente, junto con la del Abrevador. El nuevo bastión debía envolver las edificaciones anteriores comprendiendo «la Fortaleza y al Cubo de San Llorente»⁴³;



Figura 58. Placa conmemorativa de la inauguración del bastión.



Figura 59. Vértice del bastión de Santa Engracia.

43 Anónimo. H. 1538. (AGS). Informe de Guevara de 1535 (SHM. Colec. Aparici, t. I, ff. 151-152). Sojo y Lomba, F. (1927), apéndice 11. Planos de Fratrín (1571-1586 y 1608).

un plano de 1608 lo representa con forma acorazonada. En el año 2009, con motivo de las obras para la recogida neumática de residuos, en el buzón localizado en el extremo de la calle Mayor, junto a la plaza de Recoletas, se localizó un muro con orientación norte-sur. La estructura, realizada con bloques desbastados de piedra calcarenita, tenía una anchura de 1,40 m y se encontraba parcialmente conservada. En el muro se identificaron los arranques de un arco rebajado que se encontraba también desmantelado. A este muro se adosaban otros dos, de similares características técnicas, uno de los cuales presentaba una evidente curvatura hacia el sur. Por sus características constructivas y su situación, creemos que es posible identificar este conjunto de estructuras murales con el bastión acorazonado de San Llorente.

El registro estratigráfico de la excavación además permitió conocer que estas estructuras se encontraban desmanteladas desde antiguo. Parece ser que fue en torno a 1582, cuando, por orden del virrey Marqués de Almazán, se acometió la labor de desmontar este bastión.

6.3. El recinto amurallado

Al margen de estos tres bastiones, el recinto amurallado del siglo XVI se ha localizado también en diversos puntos de la ciudad. Más arriba se ha hecho referencia al tramo de 21 metros de muralla localizado en 1997 en el rincón de la Aduana, y que modificaba la dirección del recinto medieval para enlazar con el bastión de San Antón.

Muy próximo al mismo, en los años 2007-2008, en las calles Ciudadela y Taconera, con motivo nuevamente de las obras de reurbanización, se realizó una campaña de sondeos con objeto de comprobar el potencial arqueológico. En uno de ellos se localizó la muralla del siglo XVI y un aljibe también de cronología moderna (s. XVI-XVII), así como una conducción de agua que lo abastecía.



Figura 60. Muralla en la calle Juan de Labrit.

Por otro lado, en la calle San Agustín, en el año 2003 y en el contexto de la misma obra, se localizó, en la intersección de la calle San Agustín con Juan de Labrit, un tramo de la muralla del siglo XVI que defendía el frente de la Tejería. Se trata de una estructura muraria de aparejo de sillería trabada con mortero de cal y con la cara exterior ataluzada, que conserva un alzado de al menos 2,50 m (fig. 60).

7. EL NUEVO RECINTO AMURALLADO

De los múltiples proyectos que se estaban realizando para renovar el sistema defensivo de la plaza, el que se terminó por adoptar fue la construcción de una ciudadela que se hará realidad a partir de 1576, por encargo de Felipe II (Idoate, 1981, p. 36).

Para su diseño se llamó a Jacobo Palear, el Fratín, renombrado ingeniero militar, que seguiría el modelo de la ciudadela de Amberes de Paciotto de Urbino (1568). El proyecto planteaba una ciudadela de planta pentagonal con bastiones en los vértices, sin obras exteriores. Estos cinco baluartes se bautizaron con el nombre de Real, Santiago, San Antón, Santa María y la Victoria (Echarri, 2000, pp. 137-140) (fig. 61).

Además, el proyecto diseñó dos nuevos frentes bastionados en la ciudad. La modificación del frente sureste, que conservaría el bastión sobre el molino de Caparroso y la cortina de la Tejería, se resolvió con dos piezas básicas: un bastión de grandes dimensiones en su punto medio, que quedaba por delante del castillo de Santiago y un medio bastión delante de la iglesia de San Nicolás, que finalizaba en el foso del baluarte de San Antón de la Ciudadela.

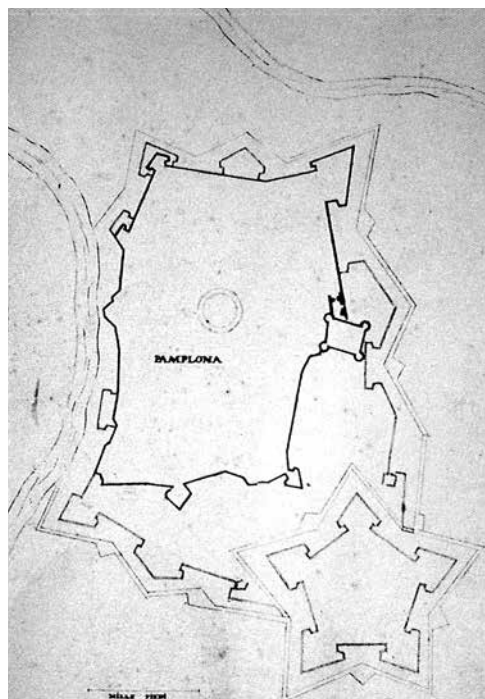


Figura 61. Plano de 1590 con el viejo recinto y el proyecto del nuevo.

El frente suroeste se rehízo también por completo, avanzando su posición en paralelo unos 200 metros. El antiguo bastión de Santa Engracia se desmochó y la cortina de la Rochapea se prolongó hasta el nuevo baluarte de Gonzaga, que destacaba sobre el barranco del río, dominando el ataque por esa zona. En el centro del frente aparecía el baluarte de la Taconera, y al otro lado de la puerta del mismo nombre nacía un nuevo medio bastión que giraba hasta enlazar cerca del baluarte de la Victoria.

A finales del s. XIX se hizo evidente la pérdida de operatividad defensiva de la Ciudadela en caso de ataque, debido fundamentalmente al alcance y las posibilidades de la moderna artillería de máquina rayada. Durante la guerra carlista se comprobó su fragilidad, y por ello se tomó la decisión de emplazar una fortificación acasamatada, con arreglo a los últimos avances, en la cima del monte San Cristóbal.

A partir de este momento proliferaron los proyectos de ensanche de la ciudad, cuyas posibilidades de expansión eran hasta entonces escasas al conservarse íntegro el recinto amurallado. En octubre de 1887 el Ayuntamiento de Pamplona aprobó el proyecto de Serafín

de Mata y Oneca, que proponía levantar las nuevas manzanas en el glacis o explanada existente entre el foso interior de la Ciudadela y los paseos de la Taconera y de Valencia.

Mediante una Real Orden del 21 de marzo de 1889 se autorizó el derribo de los baluartes y del lienzo situado entre el de San Antón y la puerta de la fortaleza. Tras la demolición, se allanó el terreno y en 1898 se comenzaron a construir, en el área más cercana a la Ciudadela, nuevos cuarteles y dependencias militares.

El 19 de octubre de 1901 se dictó la Real Orden en que se permitía de modo genérico el derribo de las murallas y el ensanche de la ciudad hacia el sur, comenzando los derribos el 25 de julio con grandes festejos (fig. 62).

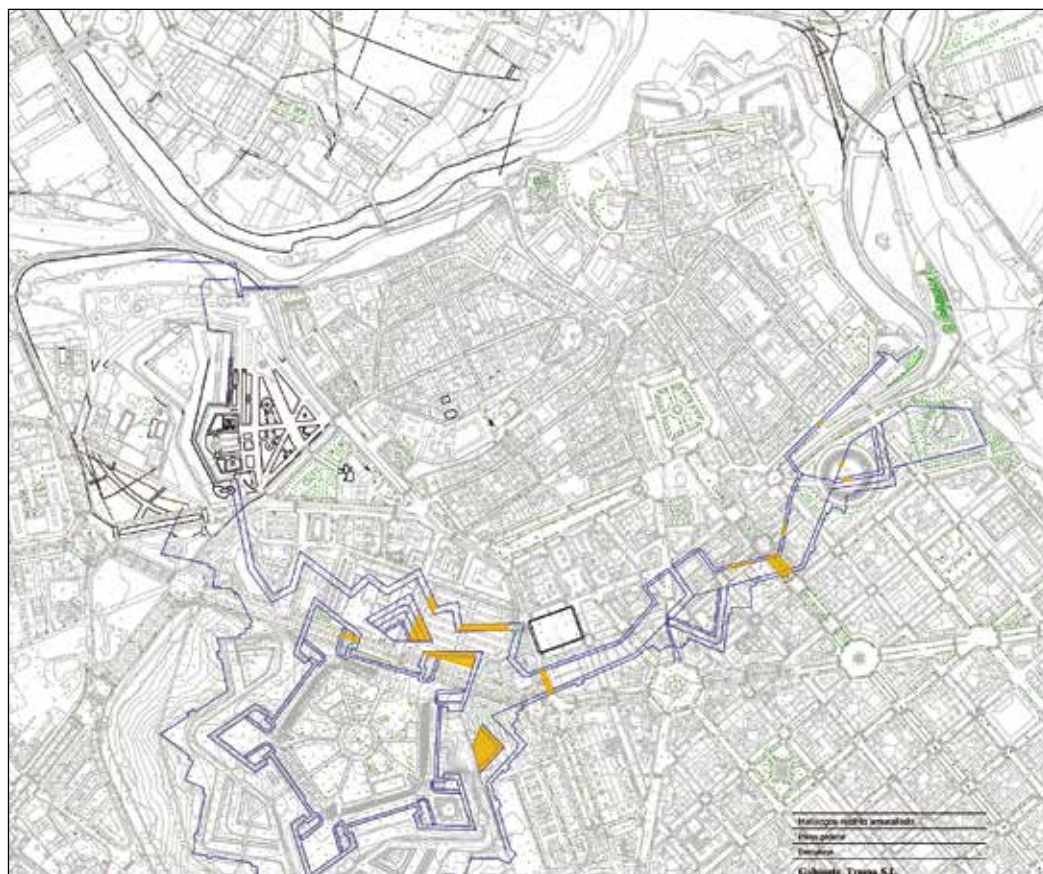


Figura 62. Fragmentos de las murallas derribadas que se han localizado en intervenciones arqueológicas.

7.1. La Ciudadela, el baluarte de San Antón y de la Victoria y el revellín de Santa Teresa

Como hemos dicho, el baluarte de San Antón se derribó en 1898 y en el solar se edificó el cuartel de infantería Marqués de Duero. En las obras para la construcción

del Palacio de Congresos, Baluarte, se localizó el vértice del bastión y un tramo de 96 metros correspondiente al flanco norte y otro de 35 metros del flanco este. La cota de derribo era bastante uniforme conservando un alzado entre 3,50 y 4 metros, excepto en los puntos que coincidían con las cimentaciones de los barracones. En el vértice del baluarte el alzado superaba los 5 metros. En su parte interna presentaba un sistema de refuerzos a modo de contrafuertes que articulaban el lienzo de muralla y reforzaban la consistencia del muro contra los ataques de la artillería. Se documentaron 19 refuerzos interiores separados entre sí por una distancia media de 4 metros. Tienen un desarrollo de 4,50 metros y conservan un alzado medio de 2 metros y su anchura es de 1,10 m.

Se excavó también el área del foso y se comprobó que la anchura media era de 32 metros, ensanchándose algo más hacia el vértice sobrepasando los 33 metros.

Así mismo, la obra del Palacio de Congresos permitió recuperar el revellín de Santa Teresa. Este revellín figura como la última medialuna construida en las cuentas del depositario Jerónimo de Aranguren, el año 1687. Esto fue debido a que hubo un revellín anterior de la primera mitad del siglo XVII, pero se consideró que era ineficaz para la defensa de la cortina de la puerta principal, por lo que tuvo que ser reformada (Echarri, 2000, p. 299). A pesar de ser una obra tardía, respetó el sistema constructivo utilizado en las medialunas anteriores. En el área de la intervención arqueológica se localizó



Figura 63. Vista general de la excavación del Palacio de Congresos.

el ángulo oriental del revellín. Se excavaron 34 metros del flanco este y 20 de la gola –flanco sur–. El alzado máximo conservado era de 4,30 metros. La camisa de sillería había sido desmontada para su reutilización en construcciones posteriores (fig. 63).

Además, en la avenida del Ejército, al hacer las rampas del aparcamiento se localizó un tramo del flanco este del baluarte de la Victoria. La ruina presentaba un estado de conservación excelente, manteniendo un estado uniforme y una cota de coronación constante, ya que, al proceder a su derribo, a finales del siglo XIX, únicamente desmontaron la estructura hasta alcanzar la rasante actual de la calzada. Por este motivo los restos aparecen a cotas muy superficiales.

Por último, merece la pena destacar la localización del puente de acceso a la Ciudadela durante las obras del Palacio de Congresos. Se documentó el primer tramo del mismo, que conectaba la puerta principal de la Ciudadela con el revellín de Santa Teresa. Se identificaron dos pilares del puente, de planta cuadrada, que en su parte superior conservaban las ménsulas que recibían el entramado de madera. El puente era de madera para poder ser destruido con mayor facilidad en caso de ataque (fig. 64).



Figura 64. Detalle de un pilar puente acceso a la ciudadela.

7.2. El revellín de la Tejería

La primera noticia que tenemos de que existiese un revellín en la Tejería es muy temprana, de 1515, su función era proteger la puerta de entrada a la ciudad. En el siglo XVII cuando se construyen los nuevos revellines para la defensa de las cortinas y puertas de la nueva fortificación, el revellín de la Tejería también se restaura. Sabemos que hacia 1642 este debía estar casi terminado, si bien fue sometido a diferentes reformas y no estuvo realmente finalizado hasta finales del XVII. El revellín de la Tejería participa del mismo sistema constructivo ya descrito, esto es: dos flancos encamisados con un potente muro y la gola que, al no tener que contrarrestar los efectos de artillería, reducía sensiblemente el grosor y calidad de los muros.

En la intervención arqueológica de urgencia realizada en la plaza de toros en 2004, a raíz de la aparición de un puente medieval, se realizaron dos sondeos arqueológicos para

localizar la situación exacta del revellín. Al alcanzar el objetivo de los sondeos no se abrió más, de manera que no se pudo comprobar ni los alzados ni dimensiones de los flancos del mismo, ya que en ningún punto se vio la estructura completa (Faro et al., 2006) (fig. 65).

7.3. El baluarte de la Reina

El baluarte de la Reina se ubicó en el frente meridional, también conocido como frente de San Nicolás. Fue el bastión más extenso de todos los levantados en el recinto fortificado y uno de los más poderosos por la falta de barreras naturales que protegieran la ciudad en su flanco sur. El baluarte de la Reina figuraba ya en la relación de 1575 del ingeniero Jacobo Palear, sin embargo, no siguió el plan inicial, sino que finalmente se levantó un baluarte de mayores dimensiones y corrido hacia el molino de Caparroso, evitando la construcción del bastión proyectado entre el castillo de Santiago y el de Caparroso. Por tanto se construyó por delante del castillo dejando a este totalmente dentro del recinto (Echarri, 2000, pp. 137-145).

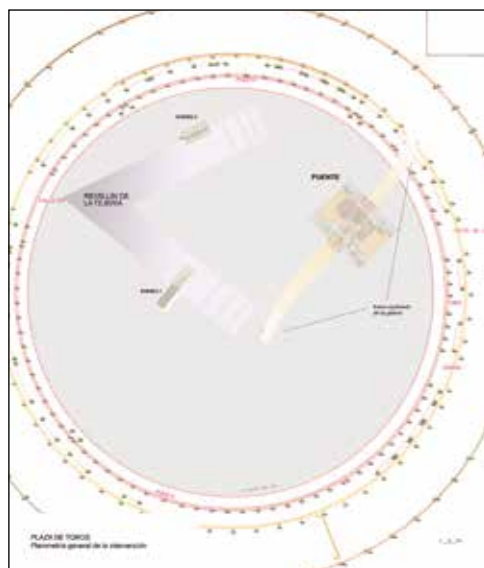


Figura 65. Plano de los sondeos en la plaza de toros.

Al realizar la excavación para el parking de Carlos III con la avenida Roncesvalles, se localizó la escarpa, foso y contraescarpa del baluarte, y el polvorín que estaba alojado en el interior del mismo. La escarpa tenía un alzado de 3 metros y una anchura de 1,80 m, localizándose a cotas muy superficiales. El estado de conservación era deficiente al encontrarse alterada por multitud de servicios. La anchura del foso era de 28 metros; delimitándolo se identificó un tramo de 17 metros de contraescarpa cuyo alzado oscilaba entre los 2,50 y los 0,70 m y cuyo estado de conservación era también muy deficiente (fig. 66).

También se localizaron las cimentaciones del polvorín, muy semejante al edificio que se conserva hoy en la Ciudadela, con gruesos muros y grandes contrafuertes para sujetar la bóveda a prueba de bombas (García-Barberena & Unzu, 2012, pp. 155-162) (fig. 67).

7.4. El revellín de Santa Lucía

El revellín de Santa Lucía formaba parte del proyecto de medialunas exteriores de la Ciudadela. Su construcción se inició en la primera mitad del siglo XVII, aunque no fue concluido hasta las décadas finales de ese siglo. En la intervención arqueológica para la construcción de nueva estación de autobuses, la estructura se excavó en su totalidad pudiendo delimitar los dos flancos, de 60 metros cada uno, la gola, el foso de 19 metros de



Figura 66. Vista general del baluarte de la Reina.



Figura 67. Cimentaciones del polvorín del baluarte.

anchura y la contraescarpa que era de una fábrica bastante endeble. El revellín conservaba una altura máxima de 4,70 metros aunque en muchos puntos había perdido la camisa externa al ser reutilizada para los cuarteles de artillería Diego de León (figs. 68 y 69).



Figura 68. Detalle de las camisas del revellín de Santa Lucía.



Figura 69. Vista general del revellín de Santa Lucía.

7.5. Siglo XX. Las defensas antiaéreas

Con la llegada de la aviación con fines bélicos, el fuerte de Alfonso XII también quedó rápidamente obsoleto, al transformarse totalmente los sistemas defensivos con la construcción de búnkeres antiaéreos. De hecho, en este momento se construyen toda una serie de búnkeres, casamatas y obras defensivas en las faldas de San Cristóbal, junto a los actuales cuarteles de Aizoáin, como ensayo para los que se realizarán en la frontera pirenaica a partir de 1939⁴⁴ (fig. 70).

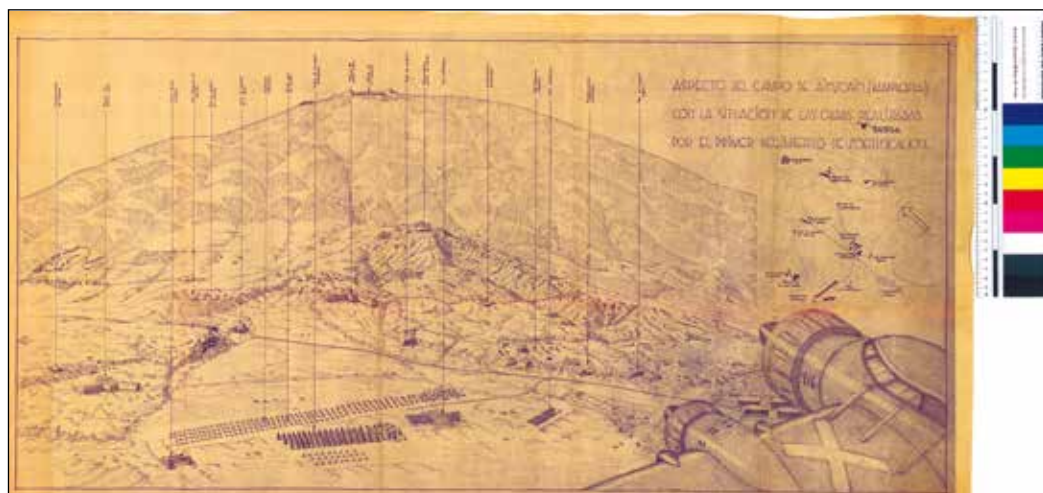


Figura 70. Mapa de las construcciones realizadas en el entorno de Aizoáin.

El único ejemplo de defensas antiaéreas que conocemos en Pamplona se encuentra junto al frontón López. Se trata de un búnker que construyó este industrial junto a su residencia en 1936 al iniciarse la Guerra Civil.

8. CONCLUSIONES

Decíamos en la introducción de este trabajo que el mismo constaba de dos bloques bien diferenciados: por un lado el análisis de los sistemas defensivos anteriores a la Edad Media, donde los datos se han obtenido de forma casi exclusiva de fuentes arqueológicas; y por otro lado, el bloque dedicado a los recintos medievales y modernos, sobradamente conocidos por la abundante documentación histórica existentes, y en los que la arqueología nos ha permitido mejorar, matizar, y en algunos casos corregir, las hipótesis de trabajo comúnmente asumidas sobre los mismos. El estudio de la evolución de los sistemas defensivos de una ciudad, y por ende de la propia urbe, es quizá uno de

44 AGMAV. M.1887.10.

elementos en los que el trabajo conjunto de la investigación histórica y de la práctica arqueológica en la obra civil mejores resultados obtiene, permitiendo un conocimiento relativamente amplio de las defensas con las que se han dotado sus habitantes desde los primeros momentos del asentamiento.

En este sentido cabe destacar que, si bien son abundantes los ejemplos navarros y peninsulares de amurallamientos, fosos y otros sistemas defensivos desde el Bronce Final hasta la actualidad, lo cierto es que es menos común el haber localizado en un mismo núcleo urbano elementos paradigmáticos de los mismos desde la protohistoria hasta el pasado siglo XX.

Y es que Pamplona, a lo largo de sus tres mil años de historia, y a excepción del periodo altoimperial, momento en el que la ciudad no parece contar con muralla –aspecto por otro lado habitual del urbanismo de aquel momento–, siempre ha estado fortificada, adaptando continuamente sus recintos a las necesidades de la urbe y a los avances en materia poliorcética.

En líneas generales se puede hablar de una evolución paradigmática de los mismos. Y es que desde el primer pequeño –3 ha– asentamiento protourbano, localizado en la zona más elevada y cuyos flancos norte y este cuentan con la poderosa defensa natural que supone la ripa sobre el río de 40 metros de desnivel, se documenta un sistema de doble foso que defendería el poblado por los otros dos flancos. A partir del siglo V a. C., y siguiendo los patrones de sinecismo que se dan en todo el territorio navarro y en el valle del Ebro, el poblado aumenta su tamaño hasta las 8 ha de superficie, convirtiéndose en una verdadera ciudad-estado. La posterior evolución de la ciudad en época romana, enmascara en buena medida las estructuras defensivas de este *oppidum*. No obstante, como apuntábamos, parece poder inferirse la existencia de un amplio foso defensivo, y con mucha probabilidad murallas asociadas. En ese sentido, son también abundantes los ejemplos de una evolución similar en el entorno, que denota el importante esfuerzo que invierten las comunidades protourbanas en la protección de los asentamientos, con grandes fosos y murallas rodeando el perímetro completo de los asentamientos.

La ciudad romana, que arqueológicamente se rastrea desde la tardorrepublica, no debió contar con defensas durante ni en el momento de su fundación ni durante la época altoimperial. Hacia finales del s. I d. C. y durante el s. II se documenta además una extensión del área urbana que sobrepasa los límites naturales del cerro del primer asentamiento, reflejo del apogeo de la misma al recibir, junto con toda Hispania la condición de ciudad privilegiada. El cambio en el paradigma social y militar con la conquista por parte de un mismo poder de un área que sitúa las fronteras más cercanas en el norte de África y en el norte de Europa, instaurando la *Pax* romana hace innecesario contar con murallas o fosos. La mayor parte de los núcleos urbanos romanizados, seguirán una evolución similar, sobrepasando los límites de los *oppida* prerromanos, rellenando los fosos y desmantelando las antiguas murallas, para generar una nueva traza urbana acorde a los nuevos preceptos emanados de Roma.

Será a partir de finales del siglo III d. C. cuando la ciudad vuelva a dotarse de murallas, en este caso un potente encintado jalonado con torres semicirculares a imagen

y semejanza de los que protegerán los principales núcleos urbanos de la península y de otras partes del imperio. Las características constructivas de la muralla bajoimperial de *Pompelo* son muy similares a otros ejemplos muy conservados como León, Lugo, la cercana *Iruña Veleia* y otros tantos. Resulta llamativo en nuestro caso su desmantelamiento casi completo y el hecho de que no haya dejado prácticamente huella en el urbanismo actual, al contrario de lo que ocurre en muchas de las ciudades que contaron con murallas en dicho periodo y que, si bien no se han conservado íntegras, sí que han dejado una clara impronta que pervive hasta nuestros días. A tenor de los datos históricos, es probable además, que esta muralla bajoimperial fuese la que defendió la ciudad hasta al menos el s. VIII, o incluso unos siglos después, quizá durante toda la alta edad media.

La evolución demográfica y el impulso político que experimenta Pamplona, en plena Baja Edad Media, nos brinda una nueva transformación de los recintos defensivos, con la particularidad además de que se crean tres recintos independientes, lo que enriquece enormemente el registro arqueológico para este periodo. Si bien su estado de conservación nos impide conocer muchos de las características de las murallas, torres y fosos, las fuentes escritas en este caso, sirven para solventar algunas de estas lagunas, lo que unido a la fosilización del urbanismo medieval en la actual traza urbana, nos permite con bastantes garantías dibujar el trazado de los recintos amurallados de los tres principales núcleos –Navarrería, San Cernin y San Nicolás–.

Es reseñable además el hecho de que dos de estos tres núcleos urbanos amurallados, nacen de nueva planta, lo que nos permite conocer con precisión la fisonomía de una cerca medieval prototípica para los s. XI-XII. En el caso de la Navarrería, curiosamente parece levantarse un trazado también de nueva planta, obviando lo que pudiera quedar de las murallas romanas bajoimperiales. En este sentido, siguen las características de los sistemas defensivos habituales en época medieval. No obstante, la propia importancia de la ciudad, así como la existencia de una alta conflictividad entre los diferentes burgos, hacen que el papel que juegan las murallas, torres y fosos, sea de vital importancia para los propios habitantes de la ciudad; de allí que tengan un gran desarrollo poliorgánico, siendo un ejemplo de los diferentes avances tecnológicos de las obras defensivas medievales, con construcciones auxiliares como barbacanas, puertas en recodo, minas, contraminas, etc.

La unificación de los burgos en un solo núcleo urbano, nuevamente lleva a una evolución de los sistemas defensivos, que irá pareja además al surgimiento de la artillería y las propias circunstancias históricas con la conquista castellana. Estos hechos hacen que entre los siglos XV y XVI se asista a una constante renovación y adecuación de un recinto medieval que debe adaptarse en poco tiempo para hacer frente a ataques por parte de ejércitos armados con artillería. Se adoptan por tanto las soluciones más vanguardistas del momento, sin escatimar en medios. Ejemplos de estos esfuerzos son el castillo de Santiago o los primeros bastiones abaluartados adaptados a la artillería como serán el de San Antón o Santa Engracia entre otros.

Resulta de sumo interés para la investigación contar con un ejemplo como el de Pamplona, donde especialmente entre 1512 y hasta el final del siglo, hay una continua labor de adaptación de las murallas existentes a las nuevas circunstancias.

Desde finales del s. XVI se produce un nuevo cambio de paradigma, construyendo todo un nuevo sistema defensivo abaluartado. La inserción dentro de un contexto internacional mucho más amplio, convierten a Pamplona una plaza fundamental en la defensa del Reino frente a Francia, lo que hará que cuente con unas defensas de vanguardia para la época, en cuya construcción participarán los tratadistas e ingenieros más prestigiosos del momento. Son estas nuevas murallas las que han pervivido en un magnífico estado de conservación hasta nuestros días. Este recinto, desde su primer proyecto en 1575 y hasta el siglo XIX, será objeto de continua revisión y mejora, existiendo además numerosa documentación sobre el mismo, que enriquece enormemente el conocimiento sobre unos de los grandes recintos amurallados abaluartados de Europa.

Como colofón a esta evolución de obras defensivas podemos concluir con la construcción del fuerte Alfonso XII en la cima del cercano monte San Cristóbal; otro ejemplo de un fuerte defensivo de finales del s. XIX e inicios del s. XX, obra colosal para la época y que, sin embargo, apenas tuvo recorrido como tal dado el surgimiento de la aviación de uso bélico.

En alguna otra ocasión hemos señalado cómo la dinámica que afecta a la formación de nuestras ciudades, a partir del primer establecimiento urbano hasta nuestros días, radica en una constante «construcción» de estratos y una progresiva destrucción, muchas veces paralela, y que impide la conservación de numerosas etapas históricas. Es precisamente el proceso de reutilización del espacio urbano, que se inscribe de forma tenaz en esa dinámica de construcción-destrucción, el que, al cumplir el axioma de la acumulación del tiempo sobre el espacio, produce inevitablemente graves deterioros a la propia fisonomía de la ciudad. El estudio de la evolución de las fortificaciones de la ciudad permite, quizá mejor que ningún otro elemento, comprobar cómo esa misma renovación de las defensas primero y el crecimiento de la propia ciudad más tarde, destruyó casi por completo estructuras defensivas que en otro tiempo fueron emblemáticas para la ciudad.

Hoy podemos afirmar que esta dinámica ha cambiado. Todos los proyectos aquí reseñados, con la excepción del parking del Rincón de la Aduana, han sido un ejemplo de voluntad de conservación del patrimonio arqueológico de la ciudad. Todos ellos sufrieron adaptaciones con el fin de minimizar el impacto sobre el patrimonio y conservar las defensas de la ciudad que, no lo olvidemos, son Bienes de Interés Cultural. Pero, además, muchos de ellos no fueron únicamente respetuosos con los elementos arqueológicos, sino que apostaron decididamente por la recuperación de los mismos, poniéndolos en valor dentro de las nuevas infraestructuras. Pionera fue la obra del parking de la plaza San Francisco en cuyas rampas de acceso se puede hoy contemplar la muralla medieval del burgo de San Cernin. En el caso del Palacio de Congresos, también se reaccionó a tiempo, llamando al edificio Baluarte e integrando los restos del baluarte de San Antón en la sala de la Muralla, así como el vértice del bastión de San Antón, que es visitable en la planta primera del parking.

Lo mismo sucedió en el parking de la plaza del Castillo, en cuyo primer piso se puede contemplar la muralla del castillo de Luis el Hutín. Así mismo, la belena de Portalapea realizó un proyecto de recuperación del espacio y el lienzo medieval del burgo de San Cernin, con un resultado muy satisfactorio.

El parking de Carlos III-Roncesvalles, es un ejemplo paradigmático de buena praxis en la recuperación y musealización de vestigios arqueológicos. A pesar de lo deteriorado de las estructuras, ha integrado, recuperado y musealizado los restos del baluarte de la Reina y el foso y alambor del castillo de Santiago con paneles de información y una fotografía retroiluminada de gran formato.

Por otro lado, en el proyecto de la estación de autobuses se contempló desde un primer momento articular el edificio entorno al revellín de Santa Lucía. A pesar de que la excavación descubrió una ruina muy maltratada, la estructura se mantenía firme para recibir la restauración y ahora vuelve a figurar en su sitio dispuesta a defender su correspondiente cortina entre San Antón y el Real.

Mención aparte merecen, por meritorias, aquellas iniciativas privadas como la del Hotel Pompaelo o la reciente iniciativa en la plaza del Castillo 29, que han recuperado para la ciudad dos de las que en otro tiempo fueron las más poderosas obras de fortificación de Pamplona como son la torre Galea y el Castillo de Luis el Hutín.

En definitiva, todas ellas han contribuido al mejor conocimiento de la evolución urbana de nuestra ciudad y han recuperado para los ciudadanos parte de sus murallas y por tanto de su historia.

9. LISTA DE REFERENCIAS

- Anelier, G. (1847). *La guerra civil de Pamplona: poema escrito en versos provenzales* (prólogo y notas de P. Ilarregui). Pamplona: Impr. Longás y Ripa.
- Anelier, G. (2003). *La guerra de Navarra. En Épica románica* (F. Crosas, edición, selección y notas) (Biblioteca Básica Navarra. Pamplona: Diario de Navarra.
- Arazuri, J. J. (1979). *Pamplona calles y barrios, I*. Pamplona: autor.
- Armendáriz, J. (2008). *De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a. C. en Navarra*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Castiella, A. (1977). *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*. Pamplona: EUNSA.
- Castiella, A., Sesma, J., García García, M.^a L., García Gazolaz, J., Prieto, J. J., Faro, J. A., García, D. & Sánchez-Carpintero, I. (1999). *Poblamiento y territorialidad en la Cuenca de Pamplona. Una visión arqueológica. Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, 7(1) y 7(2).
- Diarte, P. (2011). *Morfología del cambio urbano en Hispania: la adaptación de los espacios públicos romanos a la nueva realidad tardoantigua* (tesis doctoral). Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Durán, R. M. (2009). Reflexiones sobre la técnica constructiva de la muralla romana de León. En A. Morillo, N. Hanel, E. Martín, E. (eds.), *Limes XX. Estudios sobre la frontera romana* (Anejos de Gladius, 13) (pp. 793-804). Madrid: CSIC.
- Echarri, V. (2000). *Las murallas y la ciudadela de Pamplona*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Faro, J. A., Sinués, M. & Unzu, M. (2006). Intervención arqueológica en la plaza de toros de Pamplona. *TAN*, 19, 293-338.

- Fernández Ochoa, C. (1994). La ciudad hispanorromana en los territorios septentrionales de la península ibérica. En *La Ciudad Hispanorromana* (pp. 225-245). Madrid: Ministerio de Cultura.
- Fernández Ochoa, C. (1997). *La muralla romana de Gijón*. Madrid: Electa.
- Fernández Ochoa, C. & Morillo, A. (1992). Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica (segunda parte). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 19, 319-360.
- Fernández Ochoa, C. & Morillo, A. (1997). La muralla de Iruña en el contexto de las fortificaciones urbanas bajoimperiales de la región septentrional de la península ibérica, *Isturitz: Cuadernos de prehistoria-arqueología*, 9, 735-742.
- Fuentes Domínguez, A. (1997). Los ejércitos y otros síntomas de la descomposición social. Fin del Imperio romano. En *La guerra en la Antigüedad, una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (pp. 357-371). Madrid.
- García-Barberena, M. (2016). *El urbanismo de la ciudad de Pompelo entre los siglos VII a. C y VIII d. C* (tesis doctoral inédita). Universidad de Navarra, Pamplona.
- García-Barberena, M. & Unzu, M. (2012). Excavaciones arqueológicas: recuperación del Castillo de Santiago, *TAN*, 24, 149-189.
- García-Barberena, M., Unzu, M. & Velaza, J. (2014). Nuevas inscripciones romanas de Pompelo. *Epigraphica*, 76(1-2), 323-344.
- García Marcos, V., Durán, R. M. & Morillo, A. (2007). La muralla tetrárquica de Legio: aproximación al conocimiento de su sistema constructivo. En A. Rodríguez Colmenero & I. Rodá (eds.), *Murallas de ciudades romanas en el occidente del Imperio* (pp. 23-29). Lugo: Deputación de Lugo, Museo Provincial.
- Gutiérrez, F. J. (2002). Del castrum al Castellum. Los castros entre la Antigüedad y la Edad Media. En M. A. de Blas & A. Villa, *Los poblados fortificados del noroeste de la península ibérica. Formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia* (pp. 301-316). Navia: Ayuntamiento de Navia.
- Idoate, F. (1954). Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra. *Príncipe de Viana*, 54-55, 57-154.
- Idoate, F. (1981). *El esfuerzo bélico de Navarra en el siglo XVI*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra.
- Iriarte, A. (1997). La muralla tardorromana de Iruña Veleia. *Isturitz: Cuadernos de prehistoria-arqueología*, 9, 699-733.
- Iturralde y Suit, J. (1895). Antigüedades romanas de Pamplona. Cipo funeral. *Boletín de la comisión de monumentos de Navarra*, 10, 221-224.
- Martinena, J. J. (1974). *La Pamplona de los burgos y su evolución urbana. Siglos XII-XVI*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra.
- Martinena, J. J. (1994). Castillos reales de Navarra (siglos XIII-XVI). Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Miró I Alaix, C. & Puig i Verdaguer, F. (2000). Edificios termales públicos y privados en Barcino. En C. Fernández Ochoa & V. García Entero (ed.), *Termas romanas en el Occidente del Imperio. II Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón* (pp. 171-178). Gijón: VTP Editorial.

- Mezquíriz, M. A. (1978). *Pompaelo II*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Mezquíriz, M. A. (1994). Vestigios romanos en la catedral y su entorno. En *La Catedral de Pamplona* (pp. 113-131). Pamplona: CAN.
- Mora-Figueroa, L. (1994). *Glosario de arquitectura defensiva medieval*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Morillo, A. (2010). Sistemas defensivos en los campamentos romanos de León. En *V Congreso de Obras Públicas Romanas. Las técnicas y las construcciones en la ingeniería romana* (pp. 463-477). [Madrid]: Fundación de la Ingeniería Técnica de Obras Públicas.
- Pérez Rodríguez-Aragón, F. (1992). Los *cingula militiae* tardorromanos de la península ibérica. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 58, 239-261.
- Pirenne, H. (1994). *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid: Alianza.
- Rojo, M. A., Garrido Pena, R. & García Martínez de Lagrán, I. (2012). *El Neolítico en la península ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra.
- Santano, J. (1995). Guilhem Anelier. En G. Anelier, *La Guerra de Navarra*. (t. II. Estudio crítico y edición del texto original occitano y de las traducciones al castellano y al euskera a cargo de M. Berthe, R. Ciérbide, X. Kintana y J. Santano) (pp. 27-40). Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Sesma, J., Bienes, J. J., Erce, A., Faro, J. A. & Ramos, M. (2009). La cerámica de estilo Cogotas I y los ciclos culturales en las postrimerías de la Edad del Bronce. *Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, 17, 37-79.
- Sesma, J. & García Gazolaz, J. (2001). Los Cascajos (Los Arcos, Navarra). *TAN*, 15, 299-306.
- Taracena, B. & Vazquez de Parga, L. (1946). Excavaciones en Navarra. La romanización. *Príncipe de Viana*, 24, 413-469.
- Unzu, M. (1993-1994). Aparcamiento Plaza San Francisco: seguimiento arqueológico. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11, 199-224.
- Vazquez de Parga, L. (1948-1949). *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid: CSIC.
- Vitruvio, M. L. (1995), *Los diez libros de Arquitectura* (edición de J. L. Oliver). Madrid. Alianza.
- Zuza, C., Zuazúa, N., García-Barberena, M. & Unzu, M. (2016). Pompelo y el siglo III, pautas singulares de consumo cerámico a través del contexto estratigráfico hallado en el edificio n.º 47 de la calle Estafeta., *Trabajos de arqueología Navarra*, 28, 73-97.